



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN

LA UNIVERSIDAD NACIONAL, UNA MIRADA ÍNTIMA

REPORTAJE

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO
EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO
PRESENTA:

LUIS IGNACIO BRIONES VARGAS

ASESORA: LIC. KARLA SELENE FUENTES ZÁRATE

MÉXICO, 2007





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Socorro, mi origen, mi guía.

A la UNAM, mi alma, mi orgullo.

A Claudia, mi cómplice, mi destino.

Índice

	Página
<i>Presentación</i> _____	5
La UNAM, un corpus, una fuerza, una historia _____	8
• Un origen y un destino_____	9
• Autonomía no es igual a independencia_____	14
• La construcción de Ciudad Universitaria_____	18
• Pasos y tumbos de la educación superior_____	23
Los ojos de la comunidad y la visión de futuro _____	30
• La voz de los actores_____	31
• ¿Orgullosamente UNAM?_____	35
• El futuro de una institución, responsabilidad de su gente_____	42
La Universidad en boca de sus protagonistas _____	48
• El que sabe, sabe..._____	49
▪ Leopoldo Zea Olivares_____	49
<i>Integrarse en la diversidad, la misión humana</i>	
▪ Ignacio Burgoa Orihuela_____	51
<i>Me gusta pelear... con las armas de Derecho</i>	
▪ Manuel Felguérez Barra_____	52
<i>En la vida real, son muy pocos los que permanecen</i>	
▪ Herminia Pasantes Morales_____	53
<i>La investigación en cualquier forma, es una pasión</i>	
▪ Gloria Contreras Roeniger _____	55
<i>En la danza existe una idea fija: bailar hasta que el cuerpo lo permita</i>	

▪ Helen Escobedo Fulda_____	56
<i>Soy amante de lo efímero, de lo que permanece en la memoria y no en la materia</i>	
▪ Ramón Xirau Subias_____	56
<i>Me considero no un pensador, sino un poeta nato</i>	
▪ Ruy Pérez Tamayo_____	58
<i>Un científico humanista</i>	
▪ Rubén Bonifaz Nuño_____	59
<i>La educación, piedra fundamental del aprendizaje</i>	
▪ Helena Beristáin Díaz_____	60
<i>De chica sólo jugaba a la escuelita: yo era siempre la maestra</i>	
▪ Álvaro Matute Aguirre_____	62
<i>En la Historia, sólo el tiempo nos dirá si hemos acertado o no</i>	
▪ Gonzalo Celorio Blasco_____	63
<i>La escritura, un destino, una necesidad, una razón de ser</i>	
▪ Florence Toussaint Alcaraz_____	64
<i>La investigación, publicar, difundir la cultura: mi pasión</i>	
▪ René Drucker Colín_____	65
<i>Ciencia y sociedad, una relación necesaria</i>	
▪ Diego Valadés Ríos_____	66
<i>La diversificación de ideas, de labores, de vidas, siempre traerá riqueza</i>	
• Un presente y un futuro... en libertad_____	68
<i>Las entrañas de la Universidad Nacional (A manera de conclusión)</i> _____	75
Fuentes de consulta_____	78

Presentación

La Universidad Nacional Autónoma de México, la institución educativa más importante del país y recientemente reconocida por el rotativo inglés *The Times* como la mejor universidad de habla hispana (lugar 74 a nivel mundial), es un núcleo intelectual de muchísimo peso para el país. La cantidad de carreras, investigaciones, actividades culturales y deportivas que produce, son de un interés primordial para el proyecto educativo nacional. Naturalmente que ello implica que la información generada por la Universidad es igualmente amplia, de dimensiones ciclópeas, lo que obliga a pensar en los medios y canales de los que se vale para comunicar efectivamente, hacia dentro y fuera de la institución, esos quehaceres.

La imagen de esta institución, sin embargo, es periódicamente presa de objetivos políticos que deforman su misión educativa, de investigación y de difusión de la cultura; de igual manera, en su interior, suelen existir núcleos y grupos que obran para su desestabilización y, en un nivel más elemental, son fuente continua para la producción de este tipo de información. Es por ello que el trabajo periodístico *La Universidad Nacional, una mirada íntima* se propone dar un panorama un tanto distante, por diverso, a las noticias habituales sobre la institución, alejándose tanto de los golpes mediáticos, como de la producción autocomplaciente que integra puntos de vista de autoridades y funcionarios que no son, muchas veces, lo más imparcial que se quisiera.

El trabajo parte, es cierto, de la premisa fundamental de que la Universidad Nacional Autónoma de México es un proyecto educativo de primera importancia para este país, independientemente de los valores que, asociados a ella, se esgrimen como parte fundamental de la institución. Por lo tanto, no es ocioso declarar que, por medio de los testimoniales de la comunidad académica, se pretende desentrañar su sentido de identidad y pertenencia hacia la máxima casa de estudios.

Contestar a preguntas tales como ¿qué es ser universitario?, ¿qué significa la UNAM para la vida cotidiana? y ¿qué es la UNAM?, entre otras, es también el objetivo, siempre visto desde la óptica de la propia comunidad. Es por esto que se habla de *una mirada íntima*, que pretende ser útil y aportar visiones diversas de las que regularmente llegan a los espacios hegemónicos de los medios de comunicación. No se pretende ensalzar por mero capricho o golpear por compromiso, sino detectar y publicar los testimonios de los actores en su medio.

Por ello se abundará en las motivaciones principales de la UNAM, que tiene como misión impartir educación superior para formar profesionales, investigadores, profesores universitarios y técnicos para la sociedad, que es grande no sólo en extensión, sino en sus compromisos con la sociedad.

El cúmulo de información producida por la institución educativa es enorme y requiere de una adecuada estrategia de comunicación social. El peso noticioso que tradicionalmente recibe por parte de los medios de comunicación, no atiende a su vida interna y cotidiana ni relaciona la capacidad de sus alumnos, egresados, personal académico, administrativo y de sus figuras puntales en la investigación y la promoción de la cultura, cuerpo que, por sí mismo, es capaz de justificar la existencia de una institución de este tipo.

En tiempos en que la educación pública por sí misma es puesta en tela de juicio, este trabajo periodístico agregará al escenario, las voces y testimonios de universitarios de tiempos y peso diversos, delineando una imagen de lo que son y en lo que creen.

La Universidad Nacional Autónoma de México es un paradigma de la educación pública en México. Como centro intelectual y productor de conocimientos, esta institución tiene una vida y dinámica propias que le confieren particulares características. Por lo tanto, conocer su misión y aporte en el México moderno a

partir de la opinión de su propia comunidad, es una labor que puede ayudar a reconocer la propia historia de la educación pública en este país, la forma en que se desarrolla y coexiste con diversas etapas históricas del devenir social.

La UNAM es un ente vivo, que se conforma y justifica por la actividad de su comunidad. Por ello ha sido posible este reportaje, en cuya realización se han consultado fuentes documentales e históricas, pero sobre todo vivas, para ratificar la importancia y pertinencia educativas de esta institución.

Cada una de las opiniones, información y datos históricos contenidos son el resultado de un trabajo que se ha desplegado a lo largo de ya varios años de trabajo en esta institución. Y como lo marca el oficio periodístico, todas las fuentes son verificables y reales. Sea pues este el inicio del viaje por la mirada diversa, la de este autor, por el interior y las motivaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La UNAM, un corpus, una fuerza, una historia

Deprisa, tiempo que se funde en las amarras de la luz del día. “¡Chingaos! Ya es tardísimo y no voy a encontrar una librería abierta”, pensó el apurado conductor mientras aceleraba de forma insensata sobre el circuito interior, con rumbo fijo: la Ciudad Universitaria. Buscar el discurso de inauguración de la Universidad de Justo Sierra y las disertaciones sobre ella de Manuel Gómez Morín eran el objetivo.

La librería central... cerrada. ¿A la una de la tarde en sábado? De pronto, el protagonista recordó que hay otra cerca de la entrada de Universidad 3000, se llama... ¡ah sí! Jaime García Terrés. Los pasos se dirigen implacables y entra en el lugar. Abierto, es cierto, pero sin un alma caritativa que acuda en ayuda del buscador. Pasados unos minutos, un hombre con bata azul se acerca y le ayuda a encontrar el discurso de don Justo, en una bonita edición de bolsillo. ¿Y de Gómez Morín tendrá “La Universidad de México. Su Función social y la razón de ser de su autonomía”?

—Ahh, no joven, bueno... no sé.

La búsqueda se convierte en espera, la espera en desesperación y el pago en un sufrimiento que se prolongó por casi una hora. Señoras y señores: la Universidad que ha sido considerada en 2006 por el rotativo inglés *The Times*, como la número uno de Iberoamérica y la 74 a nivel mundial, tiene en sus filas a estos desangelados empleados, que parecen esforzarse por desmentir esa idea. Señoras y señores, esto también es la UNAM.

Pero entonces, ¿qué oscuro designio la cataloga como uno de los más importantes proyectos nacionales, no sólo en el ámbito educativo, sino en prácticamente todas las áreas de conocimiento?

No hay oscuridad ni dolo en esa aseveración ni tampoco en la ineficacia de su personal administrativo. La Universidad Nacional Autónoma de México es un paradigma de este país en más de un sentido, desde sus más acendrados y dañosos vicios hasta los más altos valores intelectuales y morales. La fuerza de la institución, que ha llegado a su aniversario 456, es la misma que anima a esta nación, indisoluble o solvente, sólida o porosa, todo a un tiempo y con los mismos protagonistas.

Un origen y un destino

A pocos metros de Palacio Nacional, en la esquina de la calle de Seminario y la Plaza Mayor, cuando los restos ardientes de la arquitectura mexicana todavía humeaban bajo los adoquines de la recién trazada capital del orgulloso Virreinato de la Nueva España, cuando el resto de la América dominada por Europa apenas asomaba a esa nueva historia escrita con hierro y la cruz surgió, en 1551, una cédula real, firmada por el emperador del más extenso territorio jamás habido, Felipe II, rey de la más poderosa de las Españas, dando comienzo a una historia que, con altibajos y desapariciones, con apoyos y sin ellos, daría origen a la que hoy es la Universidad más importante de América Latina, a la máxima productora de conocimiento en este país y el que es tal vez el mayor y más acabado proyecto educativo nacional de todos los tiempos: la Universidad Nacional Autónoma de México.

En aquel entonces, la educación se hallaba íntimamente ligada a la religión, por lo que sus primeras cátedras respondían a esa intensa vida religiosa, que era sinónimo de la cultura. Sin embargo, un rasgo la diferenció del resto de las universidades del nuevo continente, por ejemplo de la de Perú, que nació gemela a la novohispana: se trató de la única institución educativa del Nuevo Mundo que impartía, además de los estudios religiosos, los seculares, abiertos a todo el público que a ellos pudiera acceder. Fue la primera en el continente, aventajando en 85

años a la de Harvard en los Estados Unidos, en contar con estudios seculares y populares.

Los siglos pasaron con su carga de años, luchas y opulencia. Nombres tan significativos como el de Miguel Hidalgo y Costilla o José María Morelos y Pavón habrían de dejar su huella en la Universidad de México, centro que aunque profundamente elitista en ese entonces, fue productor de grandes talentos e ideas revolucionarias, precursores de la nación que se gestaba y que a la larga, habrían de dar origen al proyecto de dimensiones ciclópeas que más tarde emprendería Justo Sierra. Pero para eso faltaba mucho, un siglo de vida independiente y luchas internas que acabarían con la Universidad como institución y la dejarían al margen (en apariencia) de la vida nacional.

Luego de un periodo de cierres y reaperturas continuas, que se inició en el año de 1833 y que culminaría con el cierre definitivo de la institución, en 1865 por el emperador Maximiliano de Habsburgo, surgió, en 1867 y bajo los auspicios de Gabino Barreda y el Ministerio de Instrucción Pública (hoy Secretaría), la Escuela Nacional Preparatoria, que tuvo sede en el Antiguo Colegio de San Ildefonso y que, bajo el lema de *Amor, Orden y Progreso*, habría de mantener vivos, durante los 45 años en que la Universidad dejó de existir, los ideales que la habían inspirado.

Al respecto, Clementina Díaz y de Ovando, investigadora emérita del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, menciona que “el positivismo como sistema filosófico e ideológico permeó al interior de la Preparatoria Nacional, consecuente con las filiaciones recientes que el régimen de Porfirio Díaz había adoptado para la modernización y pacificación de un país que sólo había conocido, durante el transcurso de su vida independiente, guerras fratricidas, golpes de Estado y una inestabilidad política que le había llevado a perder, entre otras cosas, más de la mitad de su territorio. El porfiriato fue el momento perfecto

para que, de la mano de Justo Sierra, el proyecto de la nueva Universidad Nacional se gestara”.

Sin embargo pasaron muchos años, casi 30, para que éste se pudiera concretar. En abril de 1881 fue presentado este documento por vez primera y fue hasta septiembre de 1910 que ocurrió la solemne apertura de la Universidad.

La Universidad como origen y destino, es un proyecto que ha logrado trascender los siglos y las guerras. En un tiempo en que la identidad nacional aún estaba lejos de aparecer, en que el nombre México apenas era un eco de una palabra indígena mal traducida y que difícilmente provocaba adhesiones, la Universidad emuló a las instituciones europeas que ciertamente daban un carácter diferente a las nacionalidades, que eran capaces de cohesionar, a través de la cultura, de la educación y los preceptos morales, a pueblos y culturas agrupándolas en países.

Sin embargo, las cosas no empezaron de la mejor manera. Javier Garciadiego, doctor en Historia y actual director del Colegio de México, señala en el artículo “Universidad de México: Nacimiento y Transformación” aparecido en el volumen *Maravillas y Curiosidades, mundos inéditos de la Universidad*, que “la creación de 1910 no supuso ni la construcción de nuevos edificios ni la renovación de viejas instalaciones en tanto que no se aceptó la creación de carreras modernas y prácticas, como química o administración, la Universidad Nacional nació obsoleta: era una institución pedagógicamente restrictiva y tradicionalista. Con todo, a pesar de su estrechez y su pequeña dimensión, su fundación fue definitiva, en tanto sólo puede transformarse lo existente; la Universidad de México no sería la excepción: 1910 fue sólo el principio”.

Un rasgo más, uno importante y poderoso, es el que anima a esta reflexión histórica, que no ocupa estas líneas gratuitamente: hoy en día, podemos hacer un recuento más o menos paralelo de los nombres y personalidades que, desde las entrañas de la Universidad Nacional, han visto la luz pública de este país. Desde

presidentes hasta premios Nobel, científicos y artistas plásticos, escritores y diseñadores, cineastas y periodistas, guerrilleros y activistas, todos con el sello de egresados, algunos portándolo con orgullo y otros con algo más bien cercano a la vergüenza, pero al fin y al cabo, con un origen común: la UNAM.

Para Fernando Serrano Migallón, actual director de la Facultad de Derecho, esta es la máxima que sin duda anima a la institución: “Desde su fundación, México suscribió un pacto con su Universidad, que se ha mantenido hasta nuestros días y que ha resultado ser el único proyecto de nación y de experiencia educativa que se ha sostenido durante casi los 500 años del ser de nuestro país”.

Decía Justo Sierra, a quien correspondió inaugurar la Universidad en 1910, en su carácter de Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que la imaginaba “como un grupo de estudiantes de todas las edades, sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotara, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber”.

Pero el proyecto estaba lejos de cristalizarse. Faltaban pasos de notables figuras que habrían de poner los verdaderos cimientos de esta institución. Uno de ellos, a quien por cierto debemos el lema que anima a las aves latinoamericanas del escudo, “Por mi raza hablará el espíritu”, fue José Vasconcelos, quien al tomar posesión del cargo de rector, en 1920, dijo:

“Lo hacemos saber a todo el mundo: la Universidad de México va a estudiar un proyecto de ley para la educación intensa, rápida, efectiva de todos los hijos de México. Que todo aquel que tenga una idea nos la participe; que todo el que tenga su grano de arena, lo comparta. Nuestras aulas están abiertas como nuestros espíritus y queremos que el

proyecto de ley que de aquí salga, sea una representación genuina y completa del sentir nacional; un verdadero resumen de los métodos y planes que es necesario poner en obra para levantar la estructura de una nación poderosa y moderna”.

Detengámonos en esta última frase: “una nación poderosa y moderna”. De entrada, este discurso inflamado de nacionalismo que aún transpira los saldos de la recientísima Revolución, parece fuera de la realidad de este país. ¿Es que acaso, de 1920 a la fecha no fue posible lograr que la Universidad de México, transformara los espíritus y la realidad de su país? Serrano Migallón contesta: “entre aquella primera universidad y la Universidad Nacional Autónoma de México de hoy, hay algo más que raíces, hay frutos compartidos y tradiciones permanentes; hay sobre todo la continuidad de un esfuerzo por poner al servicio del país los productos de la inteligencia y el razonamiento”.

Dentro de la estructura universitaria, un gran sistema de docentes, investigadores, promotores de cultura, del deporte, de las ciencias, las humanidades y de casi cualquier área del conocimiento, trabajan día con día en lo que pareciera ser un oasis dentro de un enorme país, poderoso por su gente pero débil por sus desigualdades. La red creada dentro de la Universidad, que trasciende sus fronteras y las del propio país al que pertenece, que la enlaza con instituciones educativas diversas, con centros, con países y conocimientos potentes, es una realidad.

Unas líneas antes se declaró que la Universidad Nacional es, sin duda, un crudo reflejo de la realidad nacional en casi todos los aspectos. Pues bien, esta potencia académica y cultural es un síntoma más de ello. La UNAM, hoy por hoy, es una de las instituciones que lideran el panorama educativo en Latinoamérica. México es, por el tamaño de su producto interno bruto, de su población y de su economía en general, una de las naciones más importantes de ese contexto, del que surge un

paralelismo concreto. Tal vez a Vasconcelos no le faltó tanto para atinar en sus designios.

En ese entonces la Universidad comenzó a cohesionar a los antiguos centros educativos que la conformaron por decreto presidencial. Más tarde, ya como Secretario de Educación Pública, puesto al que accedió el 10 de julio de 1921, el llamado “maestro de la juventud” habría de librar sendas batallas para garantizar la educación al mayor número de mexicanos.

La Universidad sin embargo, estaba lejos de ser una de las piedras angulares de ese proyecto, pues aún funcionaba, según Javier Garciadiego “mediocrementemente, sin cohesión ni ánimo, sin proyecto ni convicciones futuras; sólo proporcionaba una educación profesional, limitada y tradicional, a una reducida población estudiantil. Durante la gestión de Vasconcelos se llevó a cabo una profunda reforma educativa y cultural, dentro de un plan global que abarcaba toda la educación nacional, la que en tanto compromiso revolucionario tenía que ser nacionalista y popular, accesible a la inmensa mayoría de los ciudadanos”.

En estos momentos se forja el carácter público de la institución, que así inició el camino que la llevaría, en 1929, a sufrir la primera gran transformación de su estructura: la autonomía.

Autonomía no es igual a independencia

El convulso ambiente social que se respiraba en ese México posrevolucionario, no fue ajeno a los estudiantes y pensadores universitarios de fines de los años 20 quienes, haciendo suyos los reclamos de ciertos sectores, iniciaron el movimiento. El 6 de mayo de 1929 estalló la huelga que habría de desembocar en la autonomía, propiciada por “controles académicos excesivos” y la desaparición de la educación secundaria en la Escuela Nacional Preparatoria, entre otros reclamos.

Concedida por el presidente Emilio Portes Gil, la autonomía universitaria significó algo más de lo que buscaron aquellas politizadas generaciones: significó la libertad de cátedra, de pensamiento y de organización presupuestal y estructural de la UNAM, que nació oficialmente con la Ley Orgánica de la Universidad Nacional de México promulgada el 10 de julio de 1929 en la Cámara de Diputados, conocida también como la Ley de Autonomía Universitaria.

En ella se precisa que sus fines esenciales son impartir educación superior, organizar la investigación científica y utilizar sus recursos humanos, materiales e intelectuales para ponerlos al servicio del pueblo de México. Sin embargo, no dejó de ser parte del gobierno federal, por lo que continuó siendo subsidiada, convirtiéndose así, con el paso de los años, en el más ambicioso y exitoso proyecto educativo y cultural que ha emprendido el gobierno mexicano.

La autonomía, sin embargo, tenía ciertos límites, y uno de los principales era el de sus órganos de gobierno. El rector, no sería elegido por la comunidad, sino directamente por la presidencia de la República, que de esta manera se reservaba el derecho de explotar y dirigir los destinos de su proyecto de educación superior. Pero la historia apenas se escribía.

“Tiempo después —recuerda el actual Director del Colegio de México, Javier Garciadiego— se reformaría la ley orgánica, otorgando la autonomía plena a la Universidad, al grado que el gobierno se desentendía por completo de su responsabilidad frente a la educación superior. En ella se ratificaba el gobierno de profesores y estudiantes en la vida académica y que el rector sería nombrado por el Consejo Universitario”.

Esto, refiere Garciadiego, supuso enormes riesgos que si bien le dieron a la institución una libertad inusitada, la dejaron sin los recursos económicos

necesarios y con un vacío de poder dado que los personajes de ese Consejo Universitario salieron en desbandada afiliándose al régimen político imperante.

Fue entonces cuando la figura de Manuel Gómez Morín (el fundador del Partido Acción Nacional por paradójico que en estos tiempos resulte), cobró importancia, cuando fue nombrado rector en 1933. Desde su trinchera cumplió a cabalidad con dos tareas: la de firme opositor al régimen político y la de universitario comprometido con la educación y las instituciones.

Correspondió a Gómez Morín, según refiere la también denominada “cronista de la Universidad” Clementina Díaz, “revolucionar de manera drástica las funciones y alcances de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue uno de los principales ideólogos y defensores de la instrucción pública y de sus funciones académicas. Más aún, fue quien puso en marcha la segunda gran transformación y tal vez el mayor de los capitales de la institución: la libertad de cátedra”.

Poco después, Gómez Morín redactaría una de las piedras angulares en la organización de la Casa de Estudios: *La Universidad de México, su función y razón de ser de su autonomía*, obra en la que plasmó las ideas fundamentales que, en lo sucesivo, habrían de animar a la institución:

La Universidad tiene un claro destino social: lograr en cada uno de sus momentos, ese fruto complejo y riquísimo en su heterogeneidad, que es la cultura; divulgar lo más ampliamente que sea posible, los frutos culturales alcanzados en la investigación y en el estudio, y dar a la comunidad, técnicos bien preparados, que se encarguen de sus servicios.

...tiene el destino de estudiar los problemas que a cada actividad peculiar se presenten, porque la Universidad no es

una institución aislada de la comunidad, sino que está hondamente arraigada en ella, unida a las demás instituciones sociales estrechamente y obligada por su esencia misma a revertir sobre la sociedad entera, el fruto íntegro de su trabajo”.

Las relaciones entre gobierno y universidad no fueron sencillas. Un periodo de fricciones continuas y desencantos, fue el sello de la década de 1930, hasta que el auge petrolero dio un respiro en lo económico y en lo educativo a la Universidad, con la creación del Instituto Politécnico Nacional y la Universidad Obrera. Con mayores fondos y libre de persecuciones, la UNAM pudo reabastecer su planta docente y académica.

Tal vez por eso es que Javier Garciadiego valora el hecho de que “a partir de la década de 1940 gracias al proceso de industrialización y urbanización, de crecimiento de las clases medias y recuperación económica, la función universitaria y la filosofía gubernamental coincidieron: la educación sería el vehículo de *transformación de las conciencias* que impulsaría el desarrollo social. El gobierno de Manuel Ávila Camacho valoró la educación como factor de progreso y vía hacia la igualdad social. La Universidad y el gobierno convergieron entonces en la propuesta desarrollista”.

Pero la definitiva comunión entre ambos, según comenta el especialista, se dio en el gobierno de Miguel Alemán, periodo en el que se cristalizaría, con la suma de voluntades, el más ambicioso proyecto educativo, cultural, económico, deportivo y un largo etcétera, del siglo pasado: la Ciudad Universitaria.

Los años que siguieron fueron de un auge continuo, que llevó a la Universidad a adquirir un prestigio bien ganado no sólo entre la población mexicana, que hasta entonces no era plenamente consciente de lo que significaba esta institución, sino en el concierto internacional, con un aporte de conocimientos cada vez mayor e

investigaciones en un volumen sin precedentes para cualquier universidad latinoamericana.

La construcción de Ciudad Universitaria

Nuestro buscador de libros, ése que en las primeras líneas despotricó en contra de empleados y librería, tuvo tanto tiempo mientras esperó por su volumen, que se dio un paseo por la ciudad universitaria para tomar ánimos luego del desencuentro. Recordando sus épocas de estudiante, se asomó con cierto recelo a esa gigantesca explanada llamada "las islas", y una sonrisa se dibujó en su rostro.

De vuelta hacia atrás, pudo contemplar también el gigantesco edificio que alberga a las Facultades de Filosofía, Derecho y Economía. Enseguida, en una perspectiva casi inconsciente, la mirada se detuvo en la fantástica y gigantesca policromía de la Biblioteca Nacional, con su simbólico mural y las rocas que, recordando tiempos prehispánicos, inspiraron a Juan O'Gorman para ser guarnición de su monumental obra.

La torre de Rectoría y los murales de Siqueiros, el Estadio y su mural inconcluso de Diego Rivera, las Facultades de Arquitectura, de Ingeniería y de Química, el auditorio Alfonso Caso y los no menos representativos murales a la intemperie de José Chávez Morado y de Francisco Eppens Helguera: todo se apareció ante sus ojos, sin recelo ni modestia.

Los recintos que originalmente contenían a las diversas escuelas y facultades de los que se componía la UNAM, pronto resultaron insuficientes a pesar de su valor histórico y cultural. Fue necesario pensar en una nueva sede y el proyecto presentado era de dimensiones gigantescas, inédito en este país.

Al sur de la ciudad, en el Pedregal de Coyoacán, se inició en 1950 con el Estadio Olímpico Universitario, la construcción de la Ciudad Universitaria de México, que para cuando fue terminada y entregada a la comunidad universitaria, el 22 de marzo de 1954, contaba con un área construida de 306 mil 240 metros cuadrados.

Refiere Felipe Leal, coordinador de proyectos especiales de la UNAM, que “la construcción de Ciudad Universitaria, representó un parteaguas, la última suma de voluntades políticas, económicas, culturales, educativas, arquitectónicas que originaron un proyecto nacional, un gran



Vista aérea de la Ciudad Universitaria. Fotografía: Luis Briones

escaparate de la mexicanidad que se fundió en planeación, arquitectura, arte y academia”. Para dar sustento a las palabras de Leal, la Ciudad Universitaria de México fue declarada en 2005 patrimonio artístico de la nación y en 2007, patrimonio cultural de la humanidad por la UNESCO.

El proyecto original para la construcción de este complejo, fue presentado por tres alumnos: Teodoro González de León, Armando Franco y Enrique Molinar a fines de 1946. Tres años más tarde, ya apropiado por Mario Pani y Enrique del Moral, junto con otros insignes maestros universitarios, la construcción de Ciudad Universitaria se materializó.

Consecuente con la política estatista y autocomplaciente de los años del “milagro mexicano”, desde las más altas esferas gubernamentales la Ciudad Universitaria rebosó de gigantismo compulsivo y un marcado carácter monumental. El proyecto

sin embargo, pronto rebasó las simples expectativas nacionalistas instalándose en la memoria ardiente de todos aquellos que participaron en él.

Para ello –afirma Felipe Leal, quien fuera también director de la Facultad de Arquitectura– todas las voluntades fueron necesarias. “Desde los albañiles y obreros que taladraron la dura roca del pedregal de San Ángel, pasando por los arquitectos, ingenieros, políticos, funcionarios públicos, artistas plásticos y visuales, eruditos de las ciencias y las humanidades, familiares y vecinos, todos conformaron el conglomerado idóneo que terminó por dar a luz a la Ciudad Universitaria de México”.

La primera obra entregada fue el Estadio Olímpico Universitario, en ese momento el más grande del país y una obra *sui generis* entre la arquitectura deportiva, en 1952. Su forma, de cono volcánico, respondió a un intento por fundirse con el ambiente que lo rodeaba como una construcción natural más. El mural de Diego Rivera que recubre el frente del inmueble (titulado *La universidad, la familia y el deporte en México*) fue originalmente planeado para cubrir completamente los muros exteriores. Caprichos de artista, caprichos de autoridades, el “escultomural” quedó inconcluso.

Finalmente, el 22 de marzo de 1954, Adolfo Ruiz Cortines entregó a la comunidad universitaria las nuevas instalaciones. Para cuando fue terminada, esta primera etapa contó con más de 300 mil metros cuadrados. En la actualidad, la superficie total de los diversos *campus* e instalaciones universitarias, a lo largo y ancho del país, rebasan los siete millones de metros cuadrados, según consigna la edición 2006 de la Agenda Estadística de la UNAM.

En sus orígenes, la Ciudad Universitaria albergó a 6 mil 933 estudiantes, con un 85 por ciento de la matrícula ocupada por los varones y sólo un 15 por ciento por mujeres. La población total de la UNAM en esa época era de 33 mil alumnos. Hoy en día, las mujeres conforman más del 60 por ciento de esa misma matrícula y la

población estudiantil rebasa la asombrosa cifra de los 300 mil alumnos. Al respecto, es relevante decir que ninguna institución educativa en el continente tiene una matrícula de ese tamaño.

Pronto, la vida universitaria dio un giro de 180 grados. Mediante el reforzamiento de sus medios de comunicación, y el nacimiento de su propia Gaceta, la UNAM fue identificándose con su propia comunidad. Las tareas sustantivas de la Universidad, la docencia, la investigación y la difusión de la cultura, adquirieron un significado de servicio más allá de las aulas y sus instalaciones, y comenzó a imponerse la idea de que la UNAM era, en efecto, la Universidad Nacional.

En los años subsecuentes, la UNAM se afianzó como la más importante institución de educación superior no sólo en el país, sino en América Latina. La necesidad de educación y su compromiso social, la llevó a fundar, durante los años 60 y 70, nueve planteles de la Escuela Nacional Preparatoria (que fue el último de sus planteles en dejar sus instalaciones en el centro de la ciudad, en el Antiguo Colegio de San Ildefonso), cinco de un novedoso sistema de bachillerato fundado en el aprendizaje propio, llamado Colegio de Ciencias y Humanidades y cinco centros multidisciplinarios (Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales de Acatlán, Aragón, Cuautitlán, Iztacala y Zaragoza, hoy Facultades de Estudios Superiores) distribuidos en distintos puntos de la área metropolitana de la Ciudad de México, que impartieron las mismas carreras que el campus de Ciudad Universitaria y que hoy cuentan con estudios de posgrado en diversas áreas.

La función de la Universidad se vio revolucionada como nunca antes. Bajo los rectorados de Ignacio Chávez y Javier Barros Sierra, la comunidad se convirtió en un ente proactivo y cuestionador, originando en su seno la semilla de la duda y las respuestas para resolverla. A Barros Sierra correspondió vivir los sucesos que desembocarían en la matanza de Tlatelolco, cicatriz que habría de marcar para siempre la piel de este país y que se gestó de manera importante en el interior de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La crítica social constante y el rechazo al autoritarismo fueron la marca personal de generaciones y generaciones de universitarios, que luego de la opresión vivida se convirtieron en la voz de una parte de México hacia la que nunca antes había mirado la Universidad.

Los años setenta y ochenta delinearían la configuración actual de la Universidad como una institución plural e incluyente, que se acercó gracias a la educación pública al anhelo de la universidad popular. Pero la UNAM sin embargo, siempre ha sido mucho más que eso. La primera “huelga” moderna fue protagonizada por los trabajadores universitarios, que en 1972 lograron la renuncia de Pablo González Casanova. Años después la vida académica se aceleraría y con la creación de las Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales, la matrícula universitaria se vio disparada como nunca antes.

Con la llegada de Jorge Carpizo McGregor a la rectoría en 1985, las reformas universitarias más urgentes habrían de detonar en el primer conflicto estudiantil en contra de las autoridades universitarias. Con el pretexto del aumento de las “cuotas” de ingreso a la UNAM, una de tantas reformas pretendidas por Carpizo, se fundó el Consejo Estudiantil Universitario, organismo que pronto logró adhesiones políticas y se convirtió en un experimento para la desestabilización desde dentro.

Finalmente, luego de una paralización de 17 días, las reformas fueron derogadas y apareció el Congreso Universitario, órgano que, según declaró el entonces dirigente estudiantil del CEU (ahora político en asueto) Carlos Imaz al diario *Reforma*, “se quedó corto en muchos aspectos, pero avanzó en algunos otros. El problema fue que las autoridades tomaron las resoluciones como quisieron”.

Heredero de este movimiento, en 1999 se originó el llamado Consejo General de Huelga, que protagonizaría la más encarnizada batalla jamás librada entre

estudiantes y autoridades al interior de la UNAM. Más allá de las implicaciones políticas que ello trajo, más allá de los 10 meses en los que la institución paró sus labores, estos movimientos surgidos de una Universidad capaz de crear a sus más acendrados críticos, fueron una muestra de su fortaleza, que no viene de decretos o subsidios, sino de la suma de voluntades y esperanzas de su propia comunidad.

Pasos y tumbos en la educación superior

Ante panoramas nebulosos, el conocimiento y su esencia se siguen dando, tal vez a cuentagotas, pero de manera constante, porque si hay algo que le da fuerza al transitorio paso de la humanidad por este mundo es la memoria que de él guarda. Baruch Spinoza, aquel mutable filósofo holandés, llegó a declarar: “si no quieres repetir el pasado, estúdialo”.

Y estudiar nuestro pasado es, sencillamente, explorar nuestro presente, tiempo en el que la educación tiene mucho que ver: la revolución de los conocimientos de la humanidad, que le han hecho alcanzar en una sola centuria un desarrollo tecnológico equivalente al de toda su historia anterior, está en gran medida basada en el desarrollo de la educación de los pueblos.

La Universidad Nacional es uno de los centros que más conocimientos genera en este país. Las actividades diarias de la UNAM se desenvuelven sin descanso entre la investigación y la docencia, entre la cultura y el deporte. Pero, ¿cuántos saben algo más allá de los campeonatos de fútbol o de la huelgas estudiantiles?, ¿quiénes están enterados de los desarrollos tecnológicos que han llevado a esta Universidad a colaborar en la construcción de un Telescopio gigante en España, de un laboratorio de visualización virtual para la docencia o del tratamiento especializado en oncología para los niños que padecen cáncer?

La educación como misión particular y prioritaria de la UNAM, siempre ha merecido un lugar entre las consideraciones de la sociedad mexicana hacia su

Universidad. Miles de profesionistas formados en sus aulas son el mejor de los capitales logrados, pero, a la vez, son otros tantos los estudiantes y egresados que se quedan fuera del panorama productivo nacional, fuera de lugar en un tiempo que ya no lo permite.

Esta no es una cuestión de culpables, sino de apoyo para las escuelas y facultades y sus docentes. René Drucker, coordinador de la Investigación Científica en la UNAM, explica en entrevista que “si bien los profesores y académicos universitarios trabajan de la mejor manera, no tienen el tiempo y la posibilidad de compartir, más allá de las aulas, dicho conocimiento. La actividad de los científicos por ejemplo, es la de generar nuevos conocimientos y darlos a conocer en revistas o foros



especializados en México y en otros países. La divulgación o difusión de ese trabajo, en realidad debería hacerse por profesionales de la información y no por el científico, pues esa no es su tarea. Es el comunicador quien debe especializarse en la ciencia como una disciplina más, así como se hace con los deportes, la política y la economía”.

Pero no todos opinan que se trata de una labor exclusiva de los comunicadores. Julia Tagüeña, directora general de Divulgación de la Ciencia, tiene una opinión que si bien complementa la de Drucker, es divergente, pues para ella, lo más importante no es que los comunicadores emprendan la tarea de la divulgación como una especialidad, sino que existan personas que se dediquen exclusivamente a esa difícil labor. “La Divulgación de la Ciencia, que es mi ramo, es una profesión y debe especializarse cada vez más; la UNAM ofrece, desde el año pasado, una Maestría en Divulgación de la Ciencia como parte del posgrado

en Filosofía de la Ciencia. Se requiere de un estudio más profundo es una especialización para lograr el más alto nivel en ese terreno”.

Como todo en la vida, los caminos llevan siempre a un mismo destino. La producción de conocimientos en México se encuentra en uno de sus puntos críticos, el presupuesto dedicado a ese rubro es menor cada año y los apoyos externos muy pocos o nulos. Esto, sin embargo, no ha significado su parálisis, aunque existe un problema: la difusión de ese trabajo se queda en un punto muerto, donde sólo aparecen los nuevos descubrimientos y trabajos de los investigadores ante los ojos de sus colegas, mas no ante los de la población en general.

Las vitrinas en donde se exhiben los divulgadores son pocas y con un público muy especializado y fiel, no necesariamente ligado a la investigación, pero escaso. Para Martín Bonfil, uno de esos heroicos caballitos de batalla que durante años se han mantenido en los medios recordando que la educación es un artículo de primera necesidad, la cuestión es también un problema de cultura, donde la divulgación estaría “en el ojo que la lee”. Bonfil explica que hay que confiar en la percepción del público, el cual “finalmente no está sujeto a nuestros deseos”.

El problema, a su parecer, es de apreciación, de forma y no de fondo. El contenido de un mensaje destinado a la divulgación no tiene que ser expresamente creado para ello, pero para que sea percibido como tal por los lectores o receptores, ellos deben tener una previa información que los acerque medianamente a esos intereses. Es decir, es de vital importancia hacer saber a la sociedad en general, que la oferta de carreras, de posgrados, que la matrícula gigante y las instalaciones de vanguardia, no sólo sirven para conseguir palmadas de publicaciones y universidades extranjeras, sino para avanzar en un terreno que para todos es importante: la educación de la población a nivel superior.

Reconocer esta carencia es un primer paso que ya han dado algunos divulgadores. Pero el otro elemento de la ecuación no ha despertado y esa es la sociedad. Al respecto, René Drucker explica que “no hay necesidad de masificar la información, sólo tiene que ser más frecuente. Esto no le corresponde sólo a la sociedad, a una política de Estado o a los docentes, es una tarea de todos. El Estado tiene que llevar a cabo estrategias para fortalecer la educación y la sociedad mexicana tiene que convencerse de la importancia de ella. Para lograrlo hay que fortalecer a las universidades públicas y elevar la calidad de sus egresados”.



Dra. Julia Tagüena Parga
Fotografía: Dirección General de Comunicación
Social. UNAM

Muchos encuentran la luz a la vuelta de la esquina. Julia Tagüena, por ejemplo, se dice convencida de que “a la gente en México le gusta y le interesa la educación superior. En Universum por ejemplo, se entusiasman, leen *¿Cómo ves?* y se integran a nuestras actividades. La gente que tiene oportunidad de conocer de cerca los avatares de la educación superior es un sector privilegiado. Por lo tanto, la divulgación es también un acto de justicia, en el que se comparten conocimientos que logran despertar un interés”.

Raúl Herrera Becerra, investigador del Instituto de Biotecnología, afirma que para el desarrollo integral de la educación superior se deben usar “las dos armas más poderosas que tiene la UNAM: sus investigadores y la infraestructura con que cuenta. Hay que procurar que la población tenga una información real, en particular los jóvenes y la mejor manera de hacerles ver esa realidad es invitándolos a que participen y compartan el espacio con los investigadores. Ese joven comunicará a sus compañeros lo que vivió y esa es la manera más simple, pero más efectiva de acercar la educación al pueblo”.

No se equivoca Herrera al mencionar la infraestructura con que cuenta la UNAM, como uno de sus grandes atractivos: 28 centros e institutos, dos buques oceanográficos, estaciones de Biología en las selvas más importantes del país, el Observatorio Astronómico Nacional, una Unidad de Diagnóstico Nuclear, un Observatorio de Visualización Virtual, museos especializados y un sinnúmero de centros de extensión en el interior del país dan fe de esa afirmación.



“La importancia de que los jóvenes se eduquen es la misma que este país tiene para generar ideas y conocimiento aplicables. Para evitar que nos volvamos maquileros hay que generar nuestro propio conocimiento, para lo cual tenemos sobrada capacidad”, observa Raúl Herrera.

Son este tipo de medios los que han incidido en la juventud. Según relata la doctora Tagüeña. Una encuesta realizada entre los estudiantes de la Facultad de Ciencias arrojó sorprendentes resultados: “para ver qué había definido su vocación se hicieron diversas preguntas y los resultados arrojaron un sorprendente empate en primer lugar, entre la figura de un maestro motivador y la lectura de los textos de divulgación. Parece que estos últimos tienen un impacto cada vez más fuerte en la juventud”.

Esta apreciación es cierta, el camino no está tan errado. Convocar la fuerza de la juventud no es ocioso en un país que requiere de toda la capacidad de respuesta y talentos de su población.

A la fecha, la UNAM imparte 84 licenciaturas, algunas de ellas de vanguardia a nivel mundial, como Ciencias Genómicas, Manejo de Zonas Costeras, Ciencias Ambientales y otras de mayor impacto para el mundo laboral contemporáneo, así como 38 programas de maestría, 34 de doctorado y 25 especializaciones, lo que constituye la mayor oferta académica ofrecida por una sola institución en toda América Latina.

Genera, además, cerca del 50 por ciento de la investigación que se produce en el país a través no sólo de sus escuelas y facultades, sino de los 44 institutos que conforman su sistema de investigación. Resguarda además la Biblioteca, Hemeroteca, Observatorio, Sismológico, Jardín Botánico y la Red Mareográfica nacionales. En casi cualquier actividad que tenga que ver con la investigación y la ciencia, la UNAM participa ya sea como institución o por medio de alguno de sus egresados.



La cultura también es parte fundamental de su labor y para ello cuenta con algunos de los más importantes escenarios del país: la Sala Nezahualcóyotl, del Centro Cultural Universitario, considerada por su acústica y aforo la mejor de América Latina, además de teatros, salas coreográficas, 13 museos con

diversas temáticas, que van desde la divulgación de la ciencia hasta el arte contemporáneo y 18 recintos históricos, donde se realizan más de 11 mil actividades culturales. Cuenta igualmente con la red de bibliotecas más grande e importante del país, formada por alrededor de cinco millones de volúmenes correspondientes a un millón 900 mil títulos.

Si los números son impresionantes, el legado palpable lo es más. No es ocioso o aventurado declarar que la Universidad Nacional Autónoma de México es el centro intelectual y cultural de mayor peso en México, núcleo pensante y productor de conocimiento de un país que lo necesita con desesperación y que en la medida en que sepa responder a su compromiso social, será capaz de dar una dirección al proyecto de nación que le corresponda asesorar. Más de 450 años han pasado desde que la idea de la Universidad acompaña los destinos de México, identificándose a tal grado, que sería imposible concebir la historia del uno sin la del otro. Subsidiaria de su cultura, la UNAM es, hoy por hoy, la mejor de las armas que México puede esgrimir para desarrollar su cultura, su educación y su futuro.

Los ojos de la comunidad y la visión de futuro

Mientras nuestro personaje continúa esperando su libro, su mirada se detiene en unos muchachos que juegan fútbol en medio del verdor de las islas, la explanada viva y semiarbórea del campus central de la Ciudad Universitaria, igual que él hace ya varios años; Su pensamiento se centra en otros universitarios que, bajo la sombra protectora de los árboles, retozan y sonríen mientras toman alguna bebida de insospechado origen y espíritu insondable, al tiempo que estudian, besan y meditan.

Las manos de los trabajadores en el interior de las Escuelas y Facultades, también son parte del sortilegio. Servicios escolares, con sus estrictos horarios y con la fama de su personal, se distiende y atiende a los alumnos y profesores, a regañadientes a veces, con el mejor ánimo en otras, pero siempre, sin parar, sin dejar un solo día cojo, aún con paros o con reclamos.

Y así, punto por punto, podríamos pasear por la Universidad entera y encontrarnos a los diferentes personajes que conforman el cuento de su irrealidad y la potencia de su forma. La UNAM es un mosaico de algo más que colores. Las miles de rocas que conforman el mural de la Biblioteca Central, no son tan representativas como aquellos que viven, sufren y disfrutan cada día en su interior, más allá de sus fronteras y en cada acto de su vida, porque el sello de la institución sabe también quedar tatuado en la piel.

La comunidad universitaria, esa que a veces no es tan visible, es la verdadera causante de la vida de una institución que ante los ojos de propios y extraños, continúa con una tradición de trabajo y rebelión, tan común ya a la percepción de la Universidad. Hay quienes, sorprendidos, se preguntan ¿Cómo, la UNAM es a pesar de sus alumnos, de sus profesores, de sus académicos y de sus trabajadores administrativos?

La voz de los actores

Gritos y susurros son las voces de quienes viven y se sacuden cada minuto en el interior de la Universidad Nacional Autónoma de México. En escuelas, facultades, centros e institutos, en las dependencias administrativas, en los campus foráneos, en las unidades multidisciplinarias, en los puestos de comida exteriores o en los llamados *antros* de los alrededores, todos respiran el mismo aire y se nutren de los mismos objetivos y la mística de la institución. Pero son los protagonistas los que pueden dar una declaración más fiel al respecto.

Para Ronaldo Monreal, egresado de la carrera de Literatura Dramática y Teatro, la camiseta que lleva no es la de los pumas (el equipo de fútbol profesional de la Universidad Nacional). “Yo no soy simplemente puma, aunque a diario traiga puesta esta camiseta. Yo soy universitario, y eso implica ir más allá, sentirte parte de esta institución en todo y para todo”.

¿Todos los universitarios sienten lo mismo? Las características primordiales de esta comunidad educativa, son la libertad de pensamiento y la tolerancia. Todas las voces tienen cabida y son parte de la misma lógica. No en vano es la Universidad el germen inicial de varios movimientos sociales que han sido fundamentales en la historia de este país. Pues bien, no todas tienen la misma opinión y algunas, más afiladas que otras, disienten con razón y con argumentos.

Para Martha Arvizu, pasante de la maestría en Diseño Gráfico, si bien la Universidad es su mundo “no es el que quisiera legarle a mi hija, hay una estructura vertical que no te deja avanzar en la dirección que quieres, sino en la que te imponen maestros, académicos, administrativos. Además, creo que si bien el nivel de la maestría fue muy bueno, en la licenciatura, por lo menos en mi carrera (Diseño Gráfico) no fue de lo mejor. Vaya, si pudiera volver a elegir, lo pensaría dos veces antes de ingresar a la UNAM”.

Cabe señalar que Martha es actualmente trabajadora de una dependencia administrativa de la UNAM, lo que la ha ligado a la institución, casi de manera ininterrumpida, durante más de 15 años, tomando en cuenta el tiempo que cursó en el bachillerato, la licenciatura, la maestría y sus labores como personal de confianza. La camiseta entonces, se lleva de acuerdo con la experiencia.

Adriana Liñán, recién egresada de la carrera de Ciencias de la Comunicación, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, tiene una visión diversa que le ha dado su formación, en la que si bien no siente que tenga que dar su vida por la UNAM o que le deba su formación en particular, reconoce la influencia que la Universidad le ha dejado: “No creo que se trate de una cuestión de fe, sino de una realidad. Si yo no hubiera entrado a la UNAM, sencillamente no habría tenido la oportunidad de estudiar una carrera profesional y eso no es poca cosa. Además, aquí adentro no sólo vienes a escuchar a un maestro o a comprometerte como alumna. Yo creo que sí aprendes a vivir, a lo mejor porque es una etapa en la que una es como esponja y absorbe todo lo que tiene a la mano, pero también aprendes a conocerte y de alguna manera a pensar en tu futuro. Cuando pienso en él, definitivamente también pienso en mi escuela”.

La lista es larga y ninguna declaración es ociosa, por el contrario, cada uno de los actores tiene una anécdota y una posibilidad. La urdimbre del tejido universitario se acrecienta en cada oportunidad y en cada punto de sus instalaciones. Uno de los choferes del Instituto de Astronomía en Ensenada, Baja California, Armando Fernandez, dice en entrevista sobre su trabajo, sobre su Universidad: “me ha dado la oportunidad de conocer cosas que nunca imaginé. Yo soy de Tijuana, manejaba trailers y me ofrecieron trabajar para el Instituto. La verdad es que yo no sabía ni que hacía, vaya, ni sabía que era de la UNAM. Primero hacía viajes entre la frontera y Ensenada, para llevar equipo y otras cosas que se necesitaban en el observatorio (el Observatorio Astronómico Nacional de San Pedro Mártir) . Pero un día me tocó subir, allá a la sierra, llevando a unos astrónomos rusos. No entendía

nada, pero llevaban un intérprete que hablaba español. Así supe que se iban a quedar 10 días observando no sé qué cosas del polvo estelar y que habían esperado casi tres años para que les llegara el turno. Cuando subí y conocí los observatorios me sorprendí, pero me quedé de “a seis” cuando me dijeron que me tenía que quedar allá arriba 15 días, porque tenía que sustituir a otro compañero. Entonces conviví con la gente, con astrónomos y con todos los que viven y trabajan allá. Creo que ahí supe que la Universidad es otra cosa, algo muy diferente de lo que me hubiera imaginado”.

Investigadores y profesores tienen también sus propias anécdotas. Gustavo Escobar, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, ganador en 2003 del Premio Universidad Nacional, recuerda que, en 36 años de carrera docente, sus primeras experiencias fueron fundamentales: “Comencé en los años 60 en la Preparatoria 2, que estaba entonces en el llamado barrio universitario del Centro. Recuerdo muy bien el temor inicial, por no fracasar en las clases y un poco de rigidez, que poco a poco fue cediendo para encontrar mejores fórmulas para acercarme a los alumnos. Comencé a los 25 años y en algunas ocasiones me vi en la dificultad de hacer valer mi condición ante ellos, pero al final me impuse, porque siempre se nota la diferencia entre unos y otros. Un maestro es siempre un maestro (risas). Mi máximo orgullo es ser profesor, particularmente de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Escuela Nacional Preparatoria, a la que me siento muy agradecido, comprometido y ligado. Si algo tengo, es eso y nada más”.

De una manera más íntima, los alumnos más jóvenes suelen ser agudos y precisos al nombrarse y buscarse dentro de su historia escolar. Para Rodolfo Fernández, alumno del segundo semestre en el Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel sur, llegar a esa escuela le significó cambiar de manera de pensar: “Me quedé un año sin hacer nada porque troné el examen de admisión y yo a fuerza quería entrar a la UNAM. Mis papás me apoyaron y así supe que tenía un valor extra, algo especial estar acá. Trato de llevar mis materias bien, aunque

no soy tan buen estudiante, pero lo que de verdad me gusta, es conocer a tanta gente, a los maestros y a otros chavos que saben un buen (y a otros que no saben nada pero te enseñan de otras cosas), en fin, creo que no me equivoqué al estar neceando para entrar aquí”.

Édgar Albarrán, estudiante del sexto semestre, de la misma escuela, destaca que para él el ciclo de bachillerato “ha sido lo máximo, nunca había sentido tanta libertad para hacer lo que me diera la gana. La verdad es que si tú le echas ganas, sacas las materias y aprendes. Echar desmadre con tus cuates es también “chido”, porque se te hace más placentero y, sobre todo, te dan ganas de venir a la escuela, eso nunca me había pasado antes. Ahora estoy por elegir carrera y tengo miedo, pero también orgullo porque sé que voy a ser de la UNAM. Me gusta pensar que a pesar de todo lo que se diga de las escuelas públicas, estoy en la más importante y lo digo porque he tenido unos maestros muy buenos, de los que aprendí no sólo redacción o *mate*, sino a estudiar y a investigar”.



Jorge Sánchez en clase
Fotografía: Luis Briones

Si bien es cierto que la Universidad como institución provoca reacciones diversas, hay un punto en el que todas coinciden: a ningún miembro de la comunidad le pasa desapercibida. Entre los muchos testimonios recogidos, especial atención merece el de Jorge Sánchez, ex alumno de la FES Aragón y ahora doctorante por la Universidad Complutense de Madrid: “La UNAM es un mosaico de muchas realidades, en las que se puede ver desde la ineficiencia del personal administrativo, hasta la ayuda inesperada del intendente, que te lleva a la oficina de quien quieres ver para obtener así una beca. Eso justamente me pasó a mí, porque se me hizo tarde para llegar con mi asesora en la maestría y casi pierdo la oportunidad de ir a la Universidad Complutense. Un señor de intendencia

me abrió la puerta y pude, finalmente, llegar a mi cita. Si me preguntas por el espíritu universitario, eso es más que las actitudes *estiradas* de ciertos doctores o funcionarios de alto rango. Ser universitario, a mi manera de ver, es brindar un servicio para cualquiera, sin importar quien sea”.

Esa visión se agrega a la de la maestra de Filosofía Bertha Couvert, que opina que “a veces, se confunde la obtención de un grado o un puesto de cierto nivel, con la consecución de un poder mal orientado. Conozco a muchos doctores que andan por la vida presumiendo sus títulos, pero aportando muy poco a la vida académica, sin propuestas de investigación o lo que es peor: con una visión estrecha y sectaria de lo que es la docencia y los conocimientos que le brindan a sus alumnos; ¿qué puede ser más peligroso que un profesor que intenta dominar el espíritu de sus alumnos? Perdón, pero no veo forma más clara de decirlo: lo doctor no quita lo pendejo”.

Llama la atención la propuesta que, desde hace ya tanto tiempo, ofrece la UNAM no sólo como institución académica, sino como universo. Son pocos los ejemplos de mundos tan logrados internamente, desde su organización hasta la administración de sus recursos económicos. La autonomía universitaria, como figura legal, le ha dado la oportunidad de regir su destino con una independencia improbable en otros ámbitos pero sobre todo, ha dejado vía libre para que la libertad de cátedra y de expresión se hayan conjuntado, logrando construir una identidad propia para alumnos, profesores, trabajadores, aficionados de futbol, padres de familia y simpatizantes. La conciencia de sí, en los seres humanos, es el detonante de su naturaleza. La conciencia de la Universidad en su comunidad, es el pretexto para su pertinencia.

¿Orgullosamente UNAM?

Luego del llamado paro estudiantil de 1999, y tras diez meses de inactividad que hicieron de la Universidad un polvorín, un terreno fértil para que las posiciones

políticas se encontraran y debatieran un futuro cada vez menos controlado por los propios universitarios, vino el tiempo de reconstrucción. La rectoría con el barco a medio vapor, tenía que legitimarse ante los ojos externos, pero sobre todo, y con más fuerza, ante los de los universitarios, en los que las dudas y desconcierto eran mucho mayores.

Producto del trabajo de la Oficina de Comunicación Social de la UNAM, a la que entró como emergente Néstor Martínez Cristo (viejo lobo de mar en la comunicación institucional, procedente de la Secretaría de Salud), una campaña se comenzó a reproducir y a resonar, con ayuda mediática primero y luego con voz propia, ya impresa en la mente de todo aquel que fuese universitario, incluso de quienes sentían afinidad por los colores azul y oro: Orgullosamente UNAM.

Luego de los debates mediáticos en torno al papel de la Universidad, de los cuestionamientos y las presiones políticas para su desaparición, la principal labor de comunicación institucional consistió en devolver parte del prestigio perdido y nada más efectivo para ello que horadar en la memoria ardiente de su comunidad. Muchas fueron las bajas, saldos de la guerra política que significó el cierre de las puertas académicas, entre ellas alumnos, profesores, investigadores, trabajadores que buscaron otros horizontes. La universidad pública bajó ostensiblemente sus bonos, a tal grado que ahora es parte del mito popular la negativa de las empresas de la iniciativa privada por contratar a egresados de la UNAM. Un texto para el recuerdo, publicado en el periódico *El Universal* el 21 de noviembre de 1999:

EMPRESA EN EXPANSIÓN SOLICITA

Egresados de las carreras de Psicología y Administración de Empresas para el Área de Recursos Humanos. Informes: 4 26 66 69.

UNAM ABSTENERSE.

Botón de filigrana que demuestra que la aversión por todo aquello que se antojara universitario era una realidad. Por aquellos días, algunos de los más insignes

universitarios alzaron la voz, pidiendo que las puertas de la institución se cerraran definitivamente, absorbiendo los diversos institutos y unidades académicas la responsabilidad de continuar operando. Dos de ellos, virulentos y bien posicionados, fueron los abogados Ignacio Burgoa Orihuela y Ramón Carrancá y Rivas, decanos de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, pero feroces enemigos de la causa estudiantil.

La cerrada disputa llegó a su fin el 6 de febrero de 2000, con la entrada de la Policía Federal Preventiva a la Ciudad Universitaria. Una a una, cada unidad académica fue tomada, cediendo el paso a los rifles y uniformes, una acción que quedaría también en la memoria de muchos universitarios, cicatriz profunda que tardaría años en cerrar y que aún supura. Las acciones de legitimidad se volvieron una urgencia.

Fue así como la vida de la institución intentó normalizarse y tomó como bandera la frase “Orgullosamente UNAM”, que se convirtió en *slogan* de la administración y fue abriéndose paso en la memoria porosa de la comunidad y de toda la sociedad mexicana. *Gaceta UNAM*, *Radio UNAM*, los espacios televisivos otorgados por la Secretaría de Gobernación, a través de su Dirección de Radio Televisión y Cinematografía, todas las ventanas a las que la UNAM pudo acceder, repitieron el coro incesante.



Al respecto, refiere el propio Martínez Cristo, que a su llegada el funcionamiento de su Dirección, su llegada, tuvo la intención inmediata de recuperar parte del prestigio perdido y que por ello las baterías se enfilaron hacia la identidad universitaria: “Como universitarios nos dimos cuenta que la UNAM tenía mucha información que no se da a conocer y que podía servirnos de mucho. Tomamos

como primeros ejemplos los servicios nacionales que se encuentran a cargo de la Universidad, como el monitoreo del Popocatepetl, el servicio mareográfico y sísmológico, la biblioteca y hemeroteca nacionales. Tratamos de juntar esa información en cápsulas rápidas y filtrarlas en diversos medios, aunque lo más importante era, sin duda, trabajar con nuestra comunidad, convencerla con argumentos sólidos de la solvencia no sólo académica sino social de la UNAM”.

“Fuimos paso a paso. Nos ayudó mucho la buena imagen política del rector, que en los sectores externos era bien recibida y entre la comunidad universitaria tenía un buen posicionamiento. El Congreso Universitario era una de las tareas más importantes por realizar y sin duda la más peligrosa, pues el CGH aún tenía fuerza y su oposición al proyecto siempre fue manifiesta. Por eso atacamos en un punto al que todos los universitarios éramos sensibles: el orgullo de ser parte de esta institución”.

¿Por qué tuvo éxito una frase como esa, por qué logró posicionarse con fuerza y manejar discursos de altos vuelos políticos y sociales? Martínez Cristo ensaya una respuesta: “Luego de meses de paro, de estar en los noticieros nacionales por las peores razones, creo que todos los universitarios teníamos una rabia interna que se debía, más que cualquier otra cosa, a la desinformación que estaba fluyendo. Hacer un frente común sólo era posible enarbolando la bandera de toda la UNAM, por eso muchos escuchamos el llamado y nos apropiamos de la frase”.

Los primeros tres años, según narra el director de Comunicación Social universitario, fueron de lucha y posicionamiento. Luego, llegó una publicidad gratuita que catapultó la imagen de la institución: en 2004, un estudio de la Universidad de Shanghai, catalogó a la UNAM como la número 180 entre todas las del mundo, honor que le mereció nuevos espacios informativos en los noticieros y medios. Karina Avilés, reportera de *La Jornada*, en nota publicada el primero de marzo, lo consignó así:

De las 500 mejores universidades del mundo, la Universidad Nacional Autónoma de México ocupa el primer lugar en Latinoamérica y el segundo en Iberoamérica, según reveló el estudio Ranking académico de las universidades del mundo 2003, realizado por el Instituto de Altos Estudios de la Universidad Shanghai Jiao Tong, de China.

En esta lista de los principales 500 centros educativos de nivel superior, México aparece sólo por la UNAM, institución que a nivel mundial ocupa el lugar 180, mientras que en el continente americano se ubica en la posición 92.

Entre los primeros 100 sitios del mundo no está ninguna universidad de América Latina. Pero en el análisis de las instituciones latinoamericanas mejor clasificadas, la que ocupa el primer lugar es la UNAM (con la posición 180 del mundo), seguida de la de Sao Paulo, Brasil, que se posiciona en el lugar 188, la Universidad de Buenos Aires, Argentina, en el sitio 330; la Universidad Federal Río de Janeiro, Brasil, en el 331; la Universidad Estadual de Campinas, Brasil, en el 377, y la Universidad de Chile, en el lugar 433.

Cabe destacar que, entre las universidades de habla española, la UNAM se encuentra en el segundo lugar, sólo detrás de la Universidad de Barcelona, lugar 166 de la lista.

Entonces las cosas fueron más fáciles. Continúa Martínez Cristo: “Ya no éramos sólo nosotros los que reconocíamos a la institución. En un tiempo en que a los mexicanos en general no nos sobran motivos de orgullo ni triunfos, llegó esta nota y fue como un bálsamo, sobre todo para nosotros que trabajábamos en mejorar una imagen vapuleada. Luego llegaron los *rankings* del periódico *The Times* de

Inglaterra y confirmaron lo dicho por este primer estudio. La institución es muy noble, en realidad nosotros no tuvimos que hacer más que difundir un trabajo real que le había valido el reconocimiento a nivel internacional”.

La recuperación de la imagen se dio poco a poco, pero de manera sostenida. Un punto que merece ser mencionado, por la importancia mediática que llegó a tener, fue la obtención de dos títulos de fútbol profesional por parte de su equipo, luego de 13 años de no hacerlo, lo que le dio a la Universidad un apoyo inmediato. En algún partido de la fase final (contra Cruz Azul, en mayo de 2004), un jugador, Jaime Lozano, luego de anotar un gol, mostró una playera con la frase “Hecho en CU”. Con el tiempo, estas palabras traspasaron la jerga futbolera y se insertaron en el ideario de los universitarios con tanta fuerza como las de “Orgullosamente UNAM”. La labor había llegado a buen término, el orgullo y la pertinencia de ser universitario se presentaban con fuerza ante la opinión pública y salían del alma de cada uno de los integrantes de su comunidad.

¿Será cierta esta última declaración? Con el afán de demostrar nuevamente ese carácter plural que identifica a la Universidad, explica Víctor Manuel Juárez, director de *Gaceta UNAM*, que “las frases están hechas para perdurar aunque las ideas ya no se compartan. Es como con el Himno Nacional, que dejó de tener aplicación práctica y entenderse hace ya muchos años. La frase del orgullo universitario tuvo su momento y su razón de ser. Hoy mismo no creo que sean muchos los que comparten esa visión unívoca de que la UNAM es una sola y va al mismo lugar; al contrario, cada quien jala por su lado. Sin embargo, sí existen muchos esfuerzos institucionales por darnos identidad, y en la *Gaceta* intentamos hacer eso precisamente. Más allá de que seamos orgullosos universitarios, lo que hace falta es trabajar para ser buenos universitarios en toda la extensión de la palabra”.

Las labores informativas han dado poco a poco resultado. Sin embargo, en las nuevas relaciones sociales y laborales que supone el sexenio que apenas

comienza y más aún, el rectorado que está por terminar, la UNAM es un apetitoso botín político que nuevamente, con las reformas recientes a la ley del ISSSTE y las protestas del sindicato universitario, ha dado de qué hablar en los medios de comunicación electrónicos e impresos. No deja de vislumbrarse la sombra de la conjura política en un ambiente que por sus características propias, suele ser un polvorín por la diversidad de ideas y las posibilidades de acción en cada trinchera. Eso, que ha sido por mucho tiempo una de las principales potencias de la institución, es aprovechado, según los cambios de marea en el contexto social del país, como una oportunidad de acarrear simpatías políticas, dejando de lado la función social de la UNAM.

Al respecto, la coordinadora de Enlace y Relaciones Públicas de la Dirección General de Comunicación Social, Guadalupe Díaz Silva, explica que la necesidad de los medios, es la de impactar, “la noticia que vende es la espectacular y la que hace mucho ruido después. Por eso, mientras nos mantenemos sin volatilidad en cuanto a la política del país, el nombre de la UNAM no suena. Ahí nosotros sí que tenemos trabajo, porque debemos hacer llegar nuestros boletines e información a la televisión, la radio, los periódicos, difundirla por Internet, como cualquier otra universidad (bueno, tenemos el apoyo de ser “nacionales”). Pero en etapas de crispación y problemas, los medios llegan solos. Ahí lo que debemos cuidar es que fluya la información que nosotros queremos y no la que nos afecta, la cual vende mucho más. Tenemos que organizar estrategias para llevar a conferencistas, enviar un descubrimiento científico o un reconocimiento internacional”.

Entre dos aguas, entre diversas filiaciones; es así como fluye el *orgullo* de ser universitario. Tan importantes son las opiniones contrarias y a favor como la búsqueda del sentimiento de pertenencia, pues la realidad de la declaración se ha convertido en un discurso que está en la memoria ardiente de los universitarios.

El futuro de una institución, responsabilidad de su gente

Las cifras han sabido hablar y poner su grano de arena en el discurso de la institución. En pocos años, el prestigio perdido se recobró y la dorada aureola que por mucho tiempo cubrió a la UNAM regresó a los ojos de muchos (no de todos). Sin embargo, es una opinión generalizada que la verdadera potencia de la UNAM, lo que a través de los muchos años de ininterrumpida labor académica, de investigación, de logros y proyectos, pero también de escisiones, de pobreza, de elitismo, de inestabilidad y luchas sociales, la ha mantenido firme y en funciones, es su comunidad. De igual forma, la responsabilidad de su futuro, y de manera más realista, de su presente, es obra de cada uno de los que la componen. El proyecto es compartido.

Enrique González Casanova, quien fuera una pieza fundamental en la organización de la Universidad, y que, además de una fructífera trayectoria académica, dio vida a la Dirección General de Información y fue gestor, desde el rectorado de Javier Barros Sierra, de algunos de los más importantes proyectos de la UNAM, como el de la creación del CCH o el de la *Gaceta UNAM*, destacó en el documento *Los planes y programas de estudios en la UNAM* (compilación realizada por Raquel Glazman), que la libertad de cátedra y la vida universitaria eran pilares fundamentales en la vida cotidiana de la institución, de tal forma que:

La libertad de cátedra de los estudiantes y los profesores será función de su propia capacitación, no podrán ser libres más allá de lo que su conocimiento les permita ni podrán enriquecer el conocimiento si no es con fundamento cierto en el uso de la cultura, la teoría, la ciencia, sus métodos y sus técnicas.

Tarea primordial de la Universidad es la de establecer condiciones propicias para que sus enseñanzas se den

conforme a lo que manda la ley, de acuerdo con el principio de libertad de cátedra y considerando que esas enseñanzas están estrechamente vinculadas con la investigación, de acuerdo también con el principio que garantiza su libertad.

Los intereses particulares de los profesores y estudiantes, los intereses especiales de las facultades, escuelas e institutos no pueden invalidar el interés general de la Universidad; su mandato institucional; deben integrarse de manera armoniosa y sistemática para hacerlos posibles [...]

Sirva esta cita de un insigne universitario para recordar el peso de las acciones (que aparejadas al devenir institucional de una Universidad) de los protagonistas de su día a día. Nada es en vano y cada día pasado en las aulas lo demuestra. Entre las declaraciones mediáticas y la realidad cotidiana, no existe un abismo de información, sino un espacio, muy pequeño, en el que coinciden las necesidades institucionales con las aspiraciones personales.

Los puntos de vista al respecto, desde cada una de las trincheras, son divergentes. Tomemos para ello la declaración del entonces rector de la máxima casa de estudios, Ignacio Chávez, en los años 60, en la que insistía ante los estudiantes que el país los formaba con la meta de “hacer a los expertos que ofrezcan mañana soluciones a los problemas que confronta. Los forma para que mañana, cuando sean dirigentes o gobernantes, sean preparados, aptos y capaces y no los impreparados audaces que asaltan un puesto. El país sabe eso y por eso crea este grupo de privilegio. Esta situación especial del Estado frente a la Universidad (...) permite fijar cual debe ser la posición de ustedes, estudiantes, frente a su Universidad y frente al país”.

Detengamos la vista en la frase “grupo de privilegio”. Es necesario contextualizar la declaración para precisar el momento en que se realizó: se trata de una

conferencia ofrecida en la Universidad de Veracruz el 10 de junio de 1962, un tiempo en que la bonanza económica aún cubría al país y se podía hablar, sin ambages, de los privilegios de la educación. Luego de las convulsiones sociales ocurridas en esa misma década, la fisonomía de la educación en la UNAM habría de cambiar radicalmente. La palabra “pública” comenzó a invadir sus entrañas y pronto fue el lugar en que miles de estudiantes lograron encontrar un acomodo ante la falta de oportunidades y sobre todo, el descenso de los niveles en la calidad de vida de la población.

Aun así, los universitarios son “una minoría privilegiada”, 290 mil estudiantes que en la Universidad acceden a los niveles medio superior, superior y de posgrado. A pesar de tratarse de una de las poblaciones estudiantiles más grandes a nivel mundial, el número es apenas un pálido porcentaje de los jóvenes mexicanos que están en posibilidades de cursar la educación superior.

Más de cuarenta años después, el actual rector, Juan Ramón de la Fuente, ha declarado, en diciembre de 2006 en una ceremonia de reconocimiento a profesores realizada en el Centro Cultural Universitario, que “es necesario mantener nuestro compromiso con la calidad, con nuestras instituciones, que nos han dado la oportunidad de servirle a México; mantengamos también nuestro espíritu crítico y autocrítico, que siempre es positivo cuando se orienta de manera adecuada; mantengamos nuestra fe en México y en la Universidad, porque eso es lo que hacemos todos los días al ir a dar y recibir nuestra clase; mantengamos firmes los valores y principios que nos unen y los anhelos que nos inspiran, para que en el futuro de México, existan mejores espacios en la medida en la que su sistema educativo se fortalezca”.

A pesar del paso de los años, de la dirección de los vientos en los que hoy se mueve la Universidad, la actitud de servicio forma parte del compromiso de los rectores, de las autoridades y de los funcionarios universitarios. La UNAM es una institución que fue creada y tiene la misión, según los discursos, de servir al país

con todos sus avances, con su infraestructura y su población escolar. Pero como siempre, la relación entre los actores cotidianos es diferente y se compone de los elementos de la cotidianidad que las autoridades, sumidas en las funciones de gobierno, desconocen.

Para el maestro Jorge Romero Villalobos, egresado de la carrera de Filosofía y actualmente docente del Colegio Francés Hidalgo, perteneciente al Sistema Incorporado, no hay nada más importante que “el contacto diario con los alumnos y los compañeros profesores. Yo me siento profundamente universitario, y aunque ahora dé clases en una institución externa, sé que formamos parte de la UNAM, más allá de que compartimos los planes de estudio, por el compromiso de formar y formarnos como seres críticos, que cuestionen la realidad y la pretendan cambiar. Yo creo que cada quien es responsable de su futuro, y en esa medida, mientras más trabajemos por nuestras condiciones de vida y de conocimientos, le damos lustre a la institución de la que formamos parte y de la que, al menos yo, me siento orgulloso. ¡No paro de tomar cursos y asistir a conferencias en la UNAM!”

No opina diferente el profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, Gustavo Escobar, que dice al respecto de sus alumnos “el bachillerato es una época crucial, se trata de adolescentes que también están en la búsqueda de sus caminos, con una gran energía, llenos de ideales, con deseos de transformar al mundo, de exigir que los adultos, sean congruentes con lo que hacen y posean igualmente los valores que a ellos les reclaman. Los jóvenes son nuestro *leit motiv* para la enseñanza, a ellos está dirigido todo nuestro esfuerzo y nuestra continua búsqueda para encontrar cada vez mejores estrategias, los métodos más adecuados, las fuentes, las herramientas más apropiadas para su aprendizaje. Eso es una obligación”.

Esa responsabilidad asumida de manera consciente es la que le da sentido a la participación universitaria en todos los niveles, desde las aulas hasta los centros

de investigación. Refiere el propio Escobar acerca de esta última actividad, que “no se puede concebir ni ejercer la docencia, si no se descansa en la investigación, por modesta que sea: no hay que estancarse ni anquilosarse. En cualquier carrera (y Filosofía y las Humanidades no son la excepción) hay que actualizarse continuamente, buscando nuevas estrategias, nuevos textos que iluminen nuestro pensamiento y se refleje en las clases. La investigación es un ejercicio concomitante a la docencia y el aprendizaje es la piedra angular”.

Y como alumno, ¿en donde está ese compromiso, existe realmente, más allá de la vida cotidiana con los compañeros, las presiones por realizar los deberes y tareas, la importancia de presentar proyectos? Para darnos una idea, revisemos las declaraciones de algunos alumnos que, dentro y fuera de la UNAM, reflexionan lo que esta les ha significado en su cotidianidad.

Juan Carlos Rodríguez, egresado de la carrera de Comunicación y Periodismo en la FES Aragón, dice no saber si “lo que obtuve de la Universidad fue suficiente. No tengo un buen trabajo y hace ya años que salí de la carrera. Pero en realidad me he dado cuenta de que los conocimientos sí son una base y que, sobre todo, encuentras a mucha gente valiosa salida de la Universidad. Es ahí cuando pienso si yo le debo a ella más de lo que recibí o viceversa. El éxito que uno obtiene en el mundo laboral es directamente proporcional al que va a tener la institución, y la verdad no me gusta mucho pensar que gente que nada tuvo que ver en mi preparación, me tenga entre sus estadísticas de egreso, con título y todo, pero sin ayudar gran cosa a los egresados. Ahí, prefiero pensar en mis buenos maestros, que me dieron por lo menos el gusto por cuestionarme el porqué de las cosas”.

Por el contrario, Ricardo Ibarra Durán, quien a sus 31 años es doctor en Filosofía y director de un campus de la Universidad Latinoamericana (plantel Florida, incorporado a la UNAM), y que trabajó para la Universidad Nacional en la Biblioteca Nacional como curador en el Fondo Reservado, opina que la Máxima Casa de Estudios es la “razón por la que yo he podido y, más importante, querido

superarme. Yo soy lo que llaman un *nerd* y lo sé perfectamente, pero mi formación académica no sería igual si yo no tuviera a mi alcance las bibliotecas, la Facultad de Filosofía, los cursos extracurriculares, la educación continua y los posgrados. Eso es algo que la UNAM, como ninguna institución en el país y muy pocas en el mundo, puede ofrecer a sus alumnos. También es cosa de acercarse y aprovechar esa oferta, porque al avanzar más, te vas especializando y las cosas son más difíciles, tal vez por eso se vuelve más y más satisfactorio ser parte de proyectos especiales y dar un poco de lo que se ha recibido de esta gran institución”.

José Ramón Hernández, egresado de la carrera de Física y actualmente dedicado a las labores de difusión y comunicación en el Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM, recuerda que su carrera le dejó grandes enseñanzas; sin embargo, ahora mismo sigue aprendiendo de lo que sucede en su instituto y en la Universidad completa: “imagínate, al ser físico, jamás me imaginé terminar como un divulgador de la ciencia. Este puesto ha sido un continuo aprendizaje no sólo de lo que se hace en Ciencias Nucleares, sino en toda la UNAM, porque comienzas a tener contacto con otros centros de investigación, con dependencias y escuelas.. Todo se ofrece y se recibe al mismo tiempo. Ahora me considero más un divulgador de la ciencia, y por lo tanto, un palero de la UNAM, porque he tenido la oportunidad de conocer a grandes maestros y aprender que la UNAM es más de lo que conocí en mi carrera, mucho más”.



José Ramón Hernández Fotografía: Luis Briones

El pasado es un recuerdo, el futuro un proyecto; lo único que podemos manipular es el presente, decía San Agustín de Hipona. Con los hechos en las manos, con la realidad a flor de piel, podemos decir que no es el futuro, sino el presente de la Universidad Nacional, corresponsabilidad de todos los actores. Es así como se forja la historia.

La Universidad en boca de sus protagonistas

En la espera eterna del libro, nuestro personaje , mientras seguía en las islas y se incorporaba para regresar a la librería, recordó el motivo que lo tenía ahí y las peripecias que antes había experimentado para llegar a ese volumen de Manuel Gómez Morín. Recordó, con una secreta sonrisa que, luego de escuchar una conferencia de Clementina Díaz y de Ovando, en la Academia Mexicana de Historia, asumió por vez primera la responsabilidad del trabajo periodístico, que ahora era ya casi una obsesión y requería del enigmático volumen que buscaba en la librería. Evocó que, mientras caminaba por las adoloridas calles del centro de la Ciudad de México, horadadas por ingratas zanjas que son como llagas de mortero, una frase resonaba con fuerza en su cabeza: “Más sabe el diablo por viejo...”.

No tuvo fuerza el recuerdo y se quedó sólo en esa frase, contundente, repetida ad infinitum en su cabeza desmejorada y agotada en la tarde de ese día, que poco a poco se transformaba en noche. Recordó haber hablado con esta mujer sobre la Universidad Nacional, las negativas que la tentaron a no dar una palabra y el convencimiento ilusorio que le dejó escuchar, finalmente, la voz de la maestra universitaria por teléfono. Las declaraciones ahora, pese a todo, están ya registradas. El oficio de periodista se cumplió una vez más y jactándose, se dice a sí mismo: todos los viajes valen la pena, cuando se consigue lo deseado.

Pero se da cuenta, sabe y huele que en su viaje obtuvo más. Ya no sólo la voz de Díaz y de Ovando se presenta en su memoria, la acompañan las de los caídos, como Ignacio Burguoa Orihuela y Leopoldo Zea Olivares, de los infaltables, como Ramón Xirau o Ruy Pérez Tamayo; de los intelectuales como Rubén Bonifaz Nuño o Gonzalo Celorio Blasco, de los científicos, como Herminia Pasantes o René Drucker Colín, de los artistas, como Manuel Felguérez Barra o Gloria Contreras Roeniger. Para todos un recuerdo: su viaje en la Universidad le ha dado la oportunidad de ser y aún de crecer en las palabras de otros, que se toman la vida

en serio y que son capaces de construir leyendas sobre su propia obra. Ahora lo sabe, se da cuenta: el hilo conductor es uno y puede hallarlo: la Universidad Nacional. Por cierto, cuando llegó a la librería, el tomo no estaba: nunca lo encontró.

El que sabe, sabe...

Algo más que libros, clases o institutos albergan los muros de las escuelas, facultades, institutos, centros de investigación y recintos en los que se desarrolla la vida universitaria. Pero son los maestros y generaciones que han dejado una huella profunda, por su obra y trabajo en la UNAM y en solitario, quienes merecen una atención especial en este punto. Por ello es que a continuación, sus palabras, su obra y recuerdos en torno a la institución acaparan la atención y protagonizan las líneas posteriores. Si bien *más sabe el diablo por viejo...*, es igualmente cierto que, *el que sabe, sabe...*

Comencemos los testimoniales con las voces de dos maestros que dejaron ya su huella y vida en otro punto: Leopoldo Zea Olivares, un latinoamericanista y filósofo que durante generaciones tuvo a México y a la UNAM a la vanguardia en la producción de ideas y proyectos, y de Ignacio Burgoa Orihuela, maestro constitucionalista que durante décadas se pronunció por el respeto y la importancia de la Constitución Mexicana y fue un férreo defensor de lo que él llamó sus pasiones: el juicio de amparo (una de las más brillantes contribuciones del derecho positivo mexicano al mundo de las leyes) y de la Universidad Nacional.

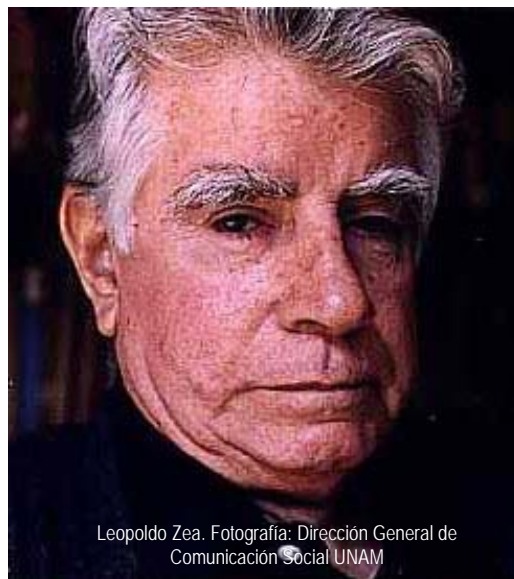
Leopoldo Zea Olivares

Integrarse en la diversidad, la misión humana

La carrera de Leopoldo Zea, universitario de todas las trincheras, hombre de ideas y de acciones, fue un ejemplo de constancia. Filósofo por convicción, erudito por consecuencia y ciudadano del mundo por simple casualidad, fue a lo largo de

muchas generaciones, un pensador que logró integrar, por medio de más de 50 libros publicados y otros tantos artículos en revistas especializadas de diversas latitudes, la conformación de una *Filosofía Latinoamericana*, de una noción de integración en la diversidad, que ha pasado de lo particular a lo general, convirtiéndose en un punto de vista no sólo mexicano o americano, sino mundial.

En entrevista, comentó: “Mi querido José Gaos, maestro y mentor, me invitó a asimilar este mundo. El estudio me llevó a descubrir, como a muchos otros, que cuando España vino acá y se mezcló con nosotros, tuvo un inesperado contacto con los indígenas. Pronto, los conquistadores fueron devorados por el país y crearon una nación mestiza, una *Nación de Naciones* (siguiendo la idea de Bolívar) que cubrió el universo entero, y a la que José Vasconcelos, siglos más tarde,



Leopoldo Zea. Fotografía: Dirección General de Comunicación Social UNAM

añadió la población: la raza cósmica, que no es una raza, sino la capacidad de comprender al otro en su diversidad. El ideal latinoamericano es, sencillamente, la más extraordinaria forma de globalización, no la de los imperios, la de la imposición, sino la de los demás, los que se reconocen a sí mismos en el otro. Integrarse en la diversidad debe ser el objetivo de la humanidad.

“No es necesario conciliar el nivel de las ideas con el de la realidad, porque las ideas siempre ven más lejos, mientras la política solamente es capaz de mirar el *Hoy, hoy, hoy* y actúa como si el mañana no existiera. El político es pragmático, pero muchas veces incapaz de mirar más allá. Es el problema de la Universidad, que encuentra uno de sus más serios obstáculos en querer ser siempre usada, y vaya que lo han hecho, frenando su desarrollo o intentando destruirla.

“Es por eso que a las universidades públicas, y en particular a la UNAM, les corresponde crear futuro. Las universidades internacionales están recibiendo lo que han hecho, enseñan a dominar. Nosotros necesitamos oponernos, nos van a patear, a golpear, para que lo que ya está hecho no sea posible. Hay que insistir con todas nuestras fuerzas para que aunque no lo veamos, suceda. Los discursos de la Universidad y del poder son diferentes. El del poder es imponer: uno sobre todos. El de la Universidad, conciliar, es decir, si yo no puedo, vamos juntos a hacerlo, hay que unirnos para lograrlo. Esa es la idea rectora de mi pensamiento, integrarnos, saber que somos iguales porque somos diferentes. Cuando lleguemos a comprender eso, estaremos en el verdadero camino de la modernidad”.

Ignacio Burgoa Orihuela

Me gusta pelear... con las armas de Derecho



Ignacio Burgoa Orihuela, por su parte, destacado jurista, profesor y hombre común (como él mismo se definió) entrevistado por este reportero, refirió con su ameno y ceremonioso estilo, algunas de sus virtudes, unas cuantas esperanzas y, como no queriendo, la crónica de sus éxitos que, luego de más de 60 años de labor profesional, no escasearon, como litigante y profesor, mucho menos como defensor de una *gran dama* que lo envolvió en uno de esos amores que parecen ser para toda la vida: la Constitución Política de nuestro país.

A una pregunta expresa ¿es la Universidad Nacional una pasión peligrosa para Ignacio Burgoa? una respuesta a su estilo: “Los dos pilares fundamentales de nuestro país, en el mundo de las ideas, del progreso, de la dinámica social, política, económica, han sido la Constitución y la Universidad. Ellas son México: la

Carta Magna, el elemento normativo y la Universidad el educativo, cultural, científico, donde se reflejan todos los problemas y cuestiones de la vida de México.

“Y no es sólo un reflejo, la Universidad, se identifica con la patria en más de un sentido, incluso político, pues esta debe estar supeditada al Derecho. La política es el arte del buen gobierno y solamente se puede realizar de este modo cuando se producen buenas leyes, se respetan y se aplican. Esa es la buena política, no la violación del estado de Derecho. La política no es ciencia, es arte, porque se basa en la circunstancialidad variable de la vida de un país. Los politólogos no señalan reglas generales, como es característico de la ciencia y no lo pueden hacer porque su materia de estudio cambia constantemente. La Universidad siempre ha sido objeto de diversos ataques. Uno de mis orgullos fue el caso de la mal llamada huelga universitaria, porque gracias a la aplicación del Derecho, a la Universidad se le restituyeron todas sus dependencias, campus y atribuciones”.

Manuel Felguérez Barra

En la vida real, son muy pocos los que permanecen

Y las citas de los maestros, de los que saben, continúan con expectación, con ánimo y con cierto escepticismo. Si bien sus opiniones son pilares en el cuerpo de la institución, representan sólo un polo, una posibilidad de las muchas acciones y realidades que día con día se materializan en su interior. Manuel Felguérez, artista plástico fundamental para la corriente del arte mexicano denominada “ruptura”, confió sus palabras a la grabadora y en ellas la UNAM también aparece de una manera preponderante.

“Ingresé como maestro a la UNAM, a raíz de la creación de la carrera de Diseño Industrial, aunque ya tenía desde antes, mucho que ver con ella: entre otras cosas me tocó ser parte del Comité de lucha de Artistas e Intelectuales en la huelga del 68. Pero eso fue el principio. A raíz de esto se inició la escuela de Diseño, en

1969. Yo ya había dado clases en la Ibero, recuerdo bien que un día se les ocurrió crear una carrera de Artes Plásticas. El director era Mathias Goeritz y mandó llamar a José Luis Cuevas como maestro de pintura y a mí como maestro de dibujo. Con esos antecedentes fui a parar a la UNAM, a la Academia de San Carlos, donde querían cambiar el giro de lo que era la escuela hasta ese entonces. Había que modernizarla, hacer un nuevo plan de estudios.

Dicen algunos que el magisterio tiene cierto encanto, algo que llega muy dentro y que ya no abandona. “A mí me gustaba mucho dar clase. Con ese afán de renovación se hicieron cambios, como subir la exigencia de ingreso a la carrera de secundaria a preparatoria, como en cualquier otra. También cambió el nombre de Artes Plásticas por el de Artes Visuales, además de abrirse la escuela de Diseño”.

Con el tiempo, Felguérez se habría de convertir en uno de los primeros artistas en investigar sobre la cibernética y crear figuras abstractas por medio de fórmulas matemáticas y computadoras primigenias. Él mismo recuerda que el entonces coordinador de Humanidades, Rubén Bonifaz Nuño, lo invitó a formar parte del Instituto de Investigaciones Estéticas. “Nos mandó llamar y nos dijo que *una escuela universitaria que se niega a la investigación, no merece ser una escuela universitaria, usted se viene aquí a la Coordinación conmigo y va a tener tiempo completo como investigador*. Para 1974 comencé mi trabajo en el Instituto. Ahí comenzó una veta nueva y todo eso se lo debo sin duda a la UNAM”.

Herminia Pasantes Morales

La investigación en cualquier forma, es una pasión

En el arte o en la ciencia, todos los testimonios valen y se distienden en historias propias que vale la pena narrar. Una de ellas es la de Herminia Pasantes, investigadora mexicana que ha logrado, con su trabajo en el campo de la neurofisiología, el bien ganado reconocimiento de varias generaciones de científicos en el mundo.

Acerca de la Universidad, la investigadora tiene mucho que decir: “es el mejor lugar para hacer investigación. En primer lugar porque tienes la libertad de trabajar en lo que te interesa; en segundo, la atmósfera académica, por ejemplo en este instituto hay una mística de trabajo a la que no te puedes sustraer.

“En la Universidad, si tienes intereses culturales, puedes escaparte a escuchar una conferencia sobre James Joyce, dada por una experta, en la Facultad de Filosofía, o en cualquier área científica, eso por no hablar de aquellos que sí encuentran para su trabajo una aplicación práctica de manera inmediata, como los geólogos o sismólogos, por ejemplo. La UNAM, es el centro intelectual y de desarrollo cultural más grande de México.



“Sin embargo, no me veo con 80 años trabajando en el laboratorio. Pienso dedicarme a escribir libros sobre divulgación con tendencia hacia las preparatorias. Trabajar en la investigación es muy difícil porque se requiere de mucha tecnología y cada vez cuesta más trabajo mantener un liderazgo internacional, el cual afortunadamente todavía ostentamos. Cuando salgo a dar conferencia me encuentro con los jóvenes que te escuchan con atención y están ávidos de aprender todo lo que puedan. Todo lo que uno ha aprendido, toda la experiencia acumulada, puede ayudar a los jóvenes en su futuro”.

Gloria Contreras Roeniger

En la danza existe una idea fija: bailar hasta que el cuerpo lo permita

El cuerpo también siente el llamado universitario. Para Gloria Contreras, directora del Taller Coreográfico de la UNAM, miembro del Consejo Internacional de la Danza por la UNESCO y de la Academia Mexicana de Artes, ganadora del Premio Universidad Nacional en 1995 en el área de creación artística y extensión de la cultura, así como del Premio Nacional de Ciencias y Artes 2005, la Universidad Nacional es un hogar que ella ha ayudado a construir; reconoce su raigambre y compromiso con ella, la llama “su casa” y sabe que el compromiso de la institución es el mismo que ella tiene para con su obra y su público.



Gloria Contreras. Fotografía: Luis Briones

“El Taller Coreográfico inventa y crea sin destruir. Yo respeto a Bach, a Mozart, a cualquier autor que interprete. Igualmente trabajo con rock y tratamos de respetarlo, de hacer que Mozart parezca Mozart, que la música de Janis Joplin sea la que ella quiso entregar. Creo que eso lo notan nuestros espectadores.

“La comunidad universitaria es generosa, el mayor de sus capitales. Me siento totalmente agradecida con cada uno de sus estratos. Una de las máximas de José Vasconcelos, cuando fue rector, fue acercar la cultura al pueblo. Puedo asegurar que para el Taller Coreográfico de la UNAM, esa es una prioridad. La compañía no podría explicarse sin la Universidad”.

Helen Escobedo Fulda

Soy amante de lo efímero, de lo que permanece en la memoria y no en la materia



Helen Escobedo. Fotografía: Luis Briones

Helen Escobedo es escultora, dibujante, diseñadora, artista conceptual: mujer que nunca para, que no tiene días libres o de descanso, que se divide entre sus dos amores: las artes plásticas y su esposo.

“La palabra Universidad me inspira 17 años de aprendizaje, no sólo como universitaria, sino como jefe de Artes Plásticas, de Difusión Cultural y luego como directora de tres espacios: Museo Universitario de Ciencias y Artes, Museo del Chopo y la Galería Aristos, porque cada vez que montábamos otra exposición aprendía. Gracias a esos años, aprendí a mirar al público, en cada montaje, a verle desde que entraba hasta que salía, a ver si el mensaje llegaba, y eso finalmente hace que tenga instalaciones, es decir, fijarme en lo que estoy haciendo a puerta cerrada, para un público que no conozco. Esa intensa actividad me convirtió en lo que soy, una persona a la cual le interesa su público, a través de ellos tengo mis vivencias. En mis instalaciones tienes que entrar, sentir, convertirte en parte de mi escenografía, ser copartícipe”.

Ramón Xirau Subias

Me considero no un pensador, sino un poeta nato

Un testimonio más, el de Ramón Xirau Subias. Nació en Barcelona, España, el 20 de enero de 1924, pero se nacionalizó mexicano por decisión propia desde 1955. Poeta, filósofo, traductor, ensayista y catedrático formado, según sus propias palabras, más en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM que en algún otro

lugar, se especializó también en París (1953), y ha sido becario de las fundaciones *Rockefeller* (1951, 1953 y 1963) y *Guggenheim* (1969 y 1972).

“Yo llegué muy chico a México, no tenía una formación previa como algunos grandes maestros del exilio, como José Gaos o mi padre. Incluso Adolfo Sánchez Vázquez ya tenía preparación previa antes de llegar a México. Yo no, me fui formando aquí y no fue sino hasta que entré a la Facultad de Filosofía y Letras, que estaba en Mascarones, que empecé a dejar mi aislamiento. Esa fue una época muy importante para mí porque comencé a tener amigos, la primera y más importante, que es mi esposa todavía, Ana María Icaza.



Ramón Xirau. Fotografía: Antonio Damián

“Decir que he contribuido en algo para México es muy ambicioso. Yo lo reduciría a la Universidad, es un intercambio maravilloso sobre todo con los estudiantes, a mí me encanta ser maestro y creo que soy uno muy bueno. Tengo 62 años como docente y no he perdido las ganas, me encanta estar en los seminarios, en la aulas”.

“Se recibe mucho de los estudiantes, es una relación enriquecedora. Alumnos y maestros hacemos de la UNAM una comunidad viva. Me ha dado muchas satisfacciones, desde los campeonatos de futbol de los Pumas hasta mi vida profesional: gracias a ella pude trabajar, por ejemplo, con Erich Fromm, cuando vino a México. No puedo negar que espero llegar a ser un ejemplo a seguir para los universitarios”.

Ruy Pérez Tamayo

Un científico humanista



Ruy Pérez Tamayo.
Fotografía: Luis Briones

Desde la trinchera de la ciencia, de la medicina y del amor por el idioma español, aparece el testimonio de Ruy Pérez Tamayo, patólogo fundamental para la medicina mexicana y dueño de una dilatada carrera docente y de investigación en la Universidad Nacional, que se ha extendido por más de 50 años. En este tiempo, Pérez Tamayo ha trabajado y creado nuevos cuadros de donde han surgido insignes nombres no sólo de médicos, sino de pensadores y escritores, humanistas e investigadores que deben al doctor, algo más que una clase o una materia: ha sido una lección para la vida, de esas que marcan y desvían futuros, un empujón para llegar más lejos.

“Mi carrera como profesor se vio premiada con excelentes alumnos. Tuve desde los primeros años en que comencé a dar clase, gente de primer nivel, estudiantes muy motivados, serios, capaces. Los vi crecer y desarrollarse como profesionistas y entre ellos cuento con algunos de mis mejores amigos. Muchos se quedaron a trabajar conmigo. Así pues, en distintas temporadas fuimos colaboradores, colegas y escribimos artículos científicos juntos.

“El profesor que no tiene esta fortuna, de tener alumnos que lleguen a ser mejores que él, ha fracasado como docente, porque si lo único que logra es clonar a la gente y que haga lo mismo que él, pues no hay ningún progreso. En cambio, si se estimula, promueve y apoya a la gente para que siga adelante, para que vaya más allá de lo que logró el profesor, esto realmente justifica todo el trabajo y constituye

una de las más grandes satisfacciones para alguien que se dedica a la enseñanza. Yo la he tenido.

“Como investigador también he tenido fortuna. Desarrollé un campo en el país que tuvo mucho éxito (la patología) y donde se formaron muchas personas conmigo, que hoy trabajan en él. He estado desarrollando otro proyecto, el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, en el cual también tengo muy buenos alumnos, es un campo muy productivo. Si algo me ha dado la UNAM es precisamente eso: satisfacciones en la formación de muchas generaciones de alumnos”.

Rubén Bonifaz Nuño

La educación, piedra fundamental del aprendizaje



Rubén Bonifaz. Fotografía: Luis Briones

Fundador del Instituto de Investigaciones Filológicas, funcionario dedicado, pero sobre todo, investigador y catedrático incansable, la vida del poeta nacido en Córdoba, Veracruz en 1923, ha transcurrido ligada a las letras, y desde 1954, irremediablemente unida a la de la UNAM, en donde actualmente dirige la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, donde ha traducido 22 obras de clásicos grecolatinos, más que ninguna otra persona a nivel mundial.

“Mi trabajo en la Universidad ha sido tremendo, como placer y como realización personal. La Universidad siempre me ha dado la oportunidad de trabajar en lo que me complace, en lo que me forma. Por vocación soy profesor y la Universidad me ha dado la ocasión de serlo y de enseñar a un conjunto de jóvenes. Todavía a esta edad en que usted me ve, a los 83 años,

tengo discípulos y algunas veces dirijo tesis. Lo que es tremendo es el placer de servir a la UNAM.

“El primer puesto que ocupé fue el de jefe de redacción de la Dirección General de Información, en 1954. Después fui director de Publicaciones y coordinador de Humanidades, para ser luego fundador y director del Instituto de Investigaciones Filológicas. También he sido Consejero Universitario y miembro de la Junta de Gobierno.

“Eso claro, en cuanto a la relación con la academia y los jóvenes, que es muy vivificante, pero también me ha permitido tratar con mis iguales y mis superiores en el trabajo de investigación. Empecé a investigar, naturalmente, cuando todavía la Universidad no tenía las herramientas necesarias, hace 40 o 50 años, perdiéndome en los autores griegos y latinos. Eso me ha mantenido activo hasta la fecha, ahora mismo estoy traduciendo a Horacio. Le puedo decir que he traducido más de 120 mil versos, desde Cátulo hasta Lucano y de Píndaro a Homero.

“Tal vez por eso la Universidad representa tanto para mí. En ningún momento he dejado de trabajar en la investigación y en la enseñanza, pues han sido mis pasiones y lo que le da sentido a mi vida”.

Helena Beristáin Díaz

De chica sólo jugaba a la escuelita: yo era siempre la maestra

Una de las más destacadas discípulas de Rubén Bonifaz ha sido sin duda Helena Beristáin. Ella nació en la Ciudad de México, en 1927. Maestra en Letras Españolas y en Biblioteconomía, así como doctora en Letras, Helena ha pasado su vida en las aulas, frente a los alumnos, alimentándolos y alimentándose con su energía, con ese vigor y curiosidad que sólo la juventud puede dar. Ha impartido

clases en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras desde 1965 hasta la fecha.

“Me parece que en la Universidad existe el prurito de cambiar todos los días, de perfeccionarse, de modificarse, de corregirse. Yo he participado, por ejemplo, en los cambios de planes de estudio en preparatoria y en licenciatura.



“Eso es algo muy importante, porque el mundo cambia todos los días, en cada momento se descubren nuevas cosas, nuevos métodos de enseñanza que deben ser incorporados. Por ejemplo, recuerdo que la primera edición de mi Gramática fue pequeña y con el paso del tiempo fue creciendo, contra todos los pronósticos y con muchas trabas, pero siempre con el apoyo académico de la UNAM. Eso es parte de su grandeza, que siempre los proyectos que enarbola pueden crecer y mejorar para las siguientes generaciones.

“Tuve memorables maestros. Recuerdo que cuando murió Ortiz de Montellano, que daba la clase de Historia de la Literatura Hispanoamericana, lo sustituyó Carlos Pellicer que nunca había sido maestro. Él no daba clase, sólo nos contaba de sus viajes por toda la República junto con Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública: qué era lo característico de cada estado, el paisaje, la comida, a qué sabía, todas las aventuras y lo que les sucedía en todas partes. No sólo en México, sino en toda Hispanoamérica, porque esa era la idea de Vasconcelos, que del Río Bravo hasta la Patagonia existe una unidad, la misma que quedó trazada en el escudo de la Universidad y en su lema *Por mi raza hablará el espíritu* ¡Imagínese lo que le debo a la UNAM!”.

Álvaro Matute Aguirre

En la Historia, sólo el tiempo nos dirá si hemos acertado o no

Un testimonio venido desde las entrañas de la investigación histórica, es el Álvaro Matute Aguirre, investigador del Instituto de Investigaciones Históricas y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, con una carrera que se ha extendido a lo largo de 40 años y ha incluido la publicación de obras capitales para el estudio histórico en nuestro país, como *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX, la desintegración del positivismo (1911-1935)*, y *La Revolución Mexicana; actores, escenarios y acciones, vida cultural y política (1901-1929)*. Es actualmente miembro de la Academia Mexicana de Historia y de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional.

“Yo tuve el privilegio de contar, en esta Universidad, con maestros excepcionales: Edmundo O’Gorman, Juan Ortega y Medina, Ernesto de la Torre Villar y Luis González, quien fue mi director de tesis en el doctorado. Yo me siento eslabón de una cadena muy vigorosa a la que pertenecen todos ellos y eso es lo único que pretendo, ser eslabón y no termina, cumplir con mi momento y encadenar a gente nueva, lograr que la cadena se prolongue: necesitamos que siga adelante.

“He tenido igualmente la suerte de contar con excelentes discípulos que han entendido muy bien este trabajo, que tomaron mis estudios y, a partir de ellos, elaboraron su propio trabajo. Lo que en mis libros y artículos podía ser una colección de hilos sueltos, se convirtió en un lienzo gigantesco gracias a su visión. Yo creo que ahí se cumple uno de los más anhelados propósitos de un maestro.

“En cuanto a mi relación con la Universidad, lo único que me falta es una plaquita de inventario. He pasado toda mi vida en la UNAM, me ha dado todo, a ella le debo lo que soy y he tenido la fortuna de incidir en la vida universitaria con cargos de responsabilidad. He dedicado mi tiempo a esta institución desde hace 40 años, en las aulas, en los cubículos y lo más importante: tengo muchas ganas de seguir

haciéndolo. En unos 20 años me vislumbro trabajando, eso sí, con una descarga en el aspecto docente que me permitiera una reflexión más profunda, solitaria, para escribir. Un proyecto de vida sólo puede ser eso: toda una vida”.

Gonzalo Celorio Blasco

La escritura, un destino, una necesidad, una razón de ser



Con una carrera docente de 32 años, a la que se han sumado importantes puestos administrativos y una interesante trayectoria editorial. Gonzalo Celorio se confiesa como un universitario de cepa: “Puedo decir que es no sólo un lugar de estudios o de trabajo. Es mi casa y mi patria. No hay ninguna

Universidad en el mundo que sea a su país de origen, lo que la Universidad Nacional es a México”.

Como coordinador de Difusión Cultural, durante el periodo comprendido entre 1989 y 1998, el escritor tuvo el más cercano contacto con la labor de difusión cultural una de las más importantes de la Universidad, en lo que abunda: “Se trata de una universidad sui generis, que no sólo cumple con las funciones sustantivas de todas las universidades del mundo, es decir la docencia y la investigación. También es un gran centro cultural, no en vano su ley orgánica considera como tarea sustantiva, junto a la investigación y la docencia, la extensión de la cultura. “Extender lo más ampliamente los beneficios de la cultura”, dice la ley orgánica.

“Pertener a ella —continúa—, es realmente un privilegio, haber estudiado ahí, haber desempeñado una función profesoral a lo largo de tanto tiempo y haber tenido también la oportunidad de servirla en términos académico-administrativos,

ha sido un privilegio. Por eso digo que yo no soy egresado de la Universidad, sino ingresado en la Universidad. Espero no salir nunca de ahí mientras viva, porque es realmente una patria”.

Florence Toussaint Alcaraz

La investigación, publicar, difundir la cultura: mi pasión

El periodismo, como materia que nos ocupa, tiene también grandes representantes universitarios. Uno de ellos, de primera línea, es sin duda la maestra Florence Toussaint, que desde hace 30 años es investigadora y docente de la UNAM, una presencia obligada en los estudios de comunicación y reconocida columnista en el periodismo mexicano, publicando en la revista *Proceso* desde hace décadas.



Florence Toussaint
Fotografía: Luis Briones

“Haber establecido la carrera de Comunicación, fue el punto de partida en el que la UNAM tuvo que ver. Ahí se formaron los maestros porque al inicio, los docentes provenían de Sociología, de Derecho, de Economía. Recuerdo a Fernando Benítez y a otros grandes periodistas de profesión, pero no había profesionales de la Comunicación sino hasta que fuimos egresando.

“Ahí nos formamos muchos profesores en Teoría de la Comunicación. Algo que ha contribuido mucho a que esta disciplina crezca es la existencia de los posgrados. El doctorado en Comunicación de la UNAM es el primero que se imparte en México, con un programa novedoso. Ha tenido gran éxito, somos una de las maestrías más concurridas y el doctorado es de gran calidad. Tenemos un alto

índice de eficiencia terminal y somos reconocidos por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología como posgrado de excelencia.

“Esta carrera además, en la licenciatura, ha aportado una gran cantidad de periodistas muy buenos que actualmente tienen trabajo, fundamentalmente en prensa, aunque también los hay con mucho éxito en la radio y en la televisión. Eso ha hecho que el propio periodismo nacional haya mejorado; con la profesionalización, con la academia y en específico la de la UNAM, ha dejado de ser un oficio empírico”.

René Drucker Colín

Ciencia y sociedad, una relación necesaria

Se trata de uno de los más reconocidos científicos mexicanos, que saltó a la fama junto con Ignacio Madrazo, al desarrollar un avanzado tratamiento para controlar el mal de Parkinson y que sólo tuvo eco después de haber sido publicado por el *New York Times*, ex presidente de la Academia Mexicana de las Ciencias y ahora Coordinador de la Investigación Científica de la UNAM, es un buen pretexto para recordar que la Ciencia, como disciplina, es un potencial olvidado que podría significar un avance para el país, que no debería ser menospreciado. El testimonio universitario de Drucker corre en un sentido: la ciencia y sus aplicaciones.

“En México hay muy buenos científicos, un importante y vigoroso sistema científico, que se concentra sobre todo en la UNAM. El 50 por ciento de la investigación que se hace en el país, se hace en la Universidad, lo cual es bueno para la institución, pero no tanto para México, porque eso implica que en muchos estados la investigación es escasa o definitivamente no existe.

“Hay muchos científicos mexicanos en el extranjero, pero eso no quiere decir que no haya ciencia nacional. El verdadero problema de la ciencia mexicana es que son demasiado pocos los que la hacen: alrededor de nueve mil investigadores para poco más de cien millones de mexicanos.

“Una de las potencias más grandes de la Universidad es la oferta que ofrece a los jóvenes. Hay muchos que optan por las carreras económico-administrativas: economistas, abogados, contadores, lo cual es resultado de una percepción social en la que se cree que estas actividades generan un mayor bienestar personal y evidentemente económico. Claro que esto no significa que no se deban estudiar estas disciplinas, son necesarias, pero hay que reconocer que la matrícula en ciencias es mínima y es justamente la UNAM la que abre brecha en esas materias: como la Física, las Matemáticas, la Astronomía, ahora las Ciencias Genómicas y Ambientales. Es así como se pretende quitar la idea de que no habrá remuneración ni reconocimiento, quitar la pregunta *¿en qué vas a trabajar?* De las bocas de los padres de familia y alumnos. Eso es también una cuestión de educación, y es en la que la Universidad pone su grano de arena. Las condiciones existen, tenemos los recursos humanos y debemos aprovecharlos. Es cuestión de voluntades, voluntades políticas, una visión un poco diferente de lo que esperamos que sea este país”.

Diego Valadés Ríos

La diversificación de ideas, de labores, de vidas, siempre traerá riqueza



Abogado de profesión, egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, hizo su doctorado en la Universidad Complutense de Madrid y se desarrolló en el ámbito universitario en diferentes espacios: como subdirector de Radio Universidad, como director General de Difusión Cultural, como Abogado General de la UNAM, como investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas y, hasta el pasado 2006, como director del mismo.

Valadés también tiene palabras para su Universidad: “ser universitario, en cualquier parte del mundo, es una gran distinción, un gran privilegio, pero además serlo en un país con tantas carencias como el nuestro y pertenecer a una universidad pública, que es sostenida esencialmente por aportaciones que proceden del pueblo mexicano, es un gran compromiso.

“A eso sólo se puede responder trabajando infatigablemente, analizando los problemas del país y procurando dar respuesta para los desafíos que presenta el desarrollo de México, formando a nuevos abogados y juristas. Esa es la función de cada Instituto, en la que trabajamos todos los investigadores, porque yo soy un investigador solamente con funciones transitorias de director, con el mismo nivel de compromiso de mis compañeros, pues todos entendemos que esta Universidad es el resultado de una gran esperanza que tuvo la sociedad mexicana desde hace décadas y que no podemos permitir que se frustre, hay que responder al apoyo generoso de la sociedad para con esta institución.

“La relación *Sociedad–Universidad*, siempre ha sido cercana y entrañable, porque la UNAM, en su carácter de institución pública, prácticamente gratuita y directamente involucrada en el análisis de los problemas del país, ha estado siempre presente en todos los espacios de discusión, de análisis, de conocimiento, en todos los problemas del país y no sólo eso, sino que ha tenido una activa participación en la construcción de soluciones.

“Nadie puede decir que los universitarios hacemos abstracción de las problemáticas sociales y que no nos ocupamos de ellos. Al contrario, trabajamos en aulas, oficinas y cubículos de investigación pensando siempre en los problemas del país”.

Un presente y un futuro... en libertad

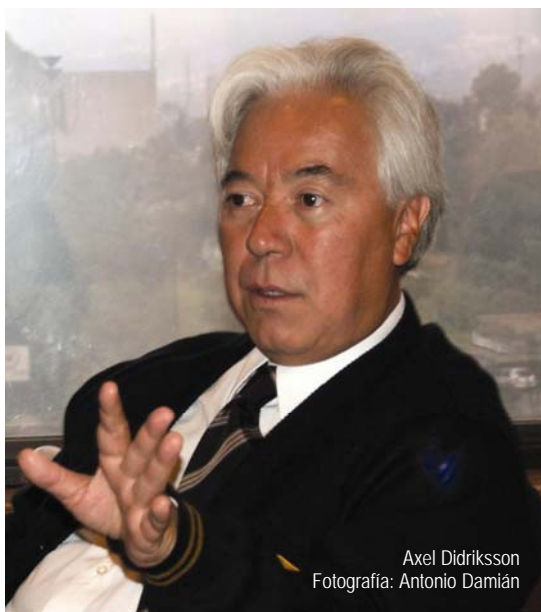
Sin duda las palabras de los maestros universitarios son encomiables y están sustentadas en una cantidad increíble (por ser casi infinita) de experiencias no sólo en el ámbito docente o académico, sino en cada aspecto de la vida cotidiana. Sin embargo, los testimonios anteriores refieren más bien un pasado, una estructura que existe con potencia y que tiene como fin algo más: ser la piedra angular del presente, de las acciones que día con día construyen a la institución y que serán la impronta de su futuro, que está por fincarse sobre estas acciones.

Luego de varios años de reinar en la memoria y en los impresos, el lema universitario que más atrás nos ocupó, “Orgullosamente UNAM”, cedió el sitio de privilegio a una nueva frase que se impone con singularidad: “UNAM: ideas en libertad”. Dice sobre el lema Néstor Martínez Cristo, director general de Comunicación Social de la UNAM, que “la frase no es casual. *Orgullosamente* había cumplido su ciclo y ahora quisimos tomar uno de los pilares fundamentales de la Universidad: la libertad de cátedra, la libertad de pensamiento, la libertad de acción. Si algo ha caracterizado a esta institución es sin duda la posibilidad de crear, de ser, de modificarse a sí misma, incluso cuando parece imposible. Desde los más importantes descubrimientos hechos en algún instituto de investigación hasta los paros estudiantiles son muestra de ello. La comunidad tiene en sus manos el preciado tesoro de la libertad, y lo ha sabido usar, para bien o para mal”.

Y la Universidad fundamenta estas palabras sobre sus propias acciones. Desde el desciframiento del genoma completo de una bacteria que ayuda a crecer al frijol, llamada *Rizobium etli*, hasta la creación del canal de los universitarios, dan fe y fuerza a las aseveraciones de Martínez Cristo. No se trata de ensalzar sólo las potencias, pues como bien mencionó el funcionario, esa libertad es la misma que ha dejado a la Universidad en muletas luego del prolongado paro de actividades de 1999. La libertad de decidir sobre el futuro, sobre las sensaciones y sobre el orgullo, la libertad de ser universitario a la manera que cada quien crea

conveniente y desarrolle, sin importar si se es alumno, maestro o trabajador, esa es la verdadera noción de las ideas que se transparentan y dan razón a la misión de una universidad, en México o cualquier parte del mundo.

El escudo universitario, por ejemplo, da fe de uno de los ideales que generaciones de pensadores y revolucionarios han tenido: la unión de los pueblos latinoamericanos. Una muestra de la voluntad y del prurito por la libertad, es la que ha dejado entrever la creación de la Red de Macrouniversidades Públicas de América Latina. Ni la Economía, ni la Política han sido consecuentes con el sueño de Bolívar. Por ello la aparición es este proyecto, que pretende por medio de la Educación Superior el intercambio cultural desinteresado, tal vez sea el más ambicioso plan de intercambio entre nuestras naciones, que promete alcanzar pronto, buenos resultados.



Axel Didriksson, quien en este momento ostenta el cargo de Secretario de Educación Pública del Distrito Federal, explicó aún en su carácter de coordinador de la Red de Macrouniversidades Públicas, y siendo director del Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU, hoy convertido en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación) que “la Red no sólo es un organismo perfectamente estructurado y jerarquizado. Es una posibilidad real que

tienen los estudiantes de América Latina para su movilidad y preparación en las distintas áreas de estudio que manejan las universidades huéspedes. Una realidad ya cristalizada, es la preferencia, por parte de algunos estudiantes, de las opciones al interior de América Latina antes que las tradicionales de Europa o los Estados Unidos”.

Al respecto habló Didriksson: “Sabíamos que no había mecanismos de multilateralidad, sino sólo esfuerzos bilaterales. Esta es la primera estructura multilateral en la que los estudiantes pueden llegar a todos los países de América Latina. Es novedosa también la creación de un mecanismo muy flexible, para que la estancia que realice el estudiante pueda tomarse en cuenta académicamente a su regreso”.

Existe además una versión nacional de este esfuerzo, que integra a las universidades públicas de cada uno de los estados de la República: el “Espacio Común de Educación Superior de México (ECOES). Su conexión con la Red de Macrouiversidades es muy natural, porque sus objetivos son idénticos y el mecanismo por el que funcionan es igual. Los fondos incluso son provistos por el mismo banco, de tal manera que existe una muy buena coordinación para que los estudiantes que no quiere salir a América Latina, pero están interesados en hacerlo en el interior de la República, vayan a ECOES”.

“Nuestro objetivo es muy sencillo, pero a la vez, tremendo y estratégico: queremos que todos los estudiantes de América Latina estén, por lo menos un semestre o un año, en algún periodo de su carrera, moviéndose en alguno de los países. Todos los estudiantes deben tener esa oportunidad y esa experiencia”, explicó, en su momento, el funcionario.

Con estas metas a largo plazo, pero sobre todo con la necesidad de integrar culturas, educaciones y especialidades, con la meta aún más alta de favorecer a los países y estados de la República por medio de la educación de sus jóvenes, es más que evidente que la libertad está en las manos de cada miembro de la comunidad. Llevarla a cabo es responsabilidad de cada quien.

Es necesario dar a conocer estas particularidades, si es necesario al mundo entero. Por ello ha sido de vital importancia la puesta al aire del Canal Cultural de

los Universitario, por medio de los canales 144 de Cablevisión Digital y 355 del sistema de televisión satelital Sky. La programación, fundamentalmente orientada hacia la cultura, da cuenta de cada una de las actividades producidas por esta institución, y si bien no ha logrado una penetración masiva en todos los espectadores (en cuanto que la transmisión se hace por medios económicamente restringidos) sí ha logrado personificar a la UNAM dentro del espectro de la modernidad.

Al respecto, Gerardo Estrada, coordinador de Difusión Cultural, opina que “durante mucho tiempo, desde los inicios de la televisión, la Universidad Nacional buscó tener un espacio, hay que decir que esto habla de la sensibilidad de los universitarios para entender que hay que aprovechar los medios de comunicación, las nuevas tecnologías, para cumplir con las tareas que nos han sido asignadas: la academia, la investigación científica y por supuesto, la difusión de la cultura en el sentido más amplio.

“Nuestra misión es brindar al auditorio una programación inteligente, para los jóvenes, que instruya y al mismo tiempo entretenga. La Universidad debe ser capaz de demostrar que es posible hacer una televisión que nos ayude a entender mejor el mundo y que no parezca que nos están dando clases o regañando”.

Sobre la transmisión por sistema de televisión de paga, el funcionario apunta que “es un problema que se va a resolver en el futuro con ayuda de la tecnología. Por ahora no hay más espacios dentro del cuadrante. Creo que las nuevas tecnologías van a ser fundamentales para abrir nuestra propuesta a más frecuencias. Nuestra apuesta es que, en cinco o 10 años, cuando esto se logre, por fin podamos tener una señal abierta. Mientras tanto vamos a multiplicar nuestra oferta por otros sistemas para abrirla más dentro de nuestras posibilidades”.

La gran mayoría de los aportes cotidianos están fuera del espectro y la memoria. Por ejemplo, el hecho de que la Universidad maneje el Observatorio Astronómico,

los servicios Mareográfico y Sismológico, la Biblioteca y Hemeroteca nacionales, así como otros importantes servicios para la comunidad académica y en general, como la investigación en las reservas de la biosfera de Chamela en Jalisco y los Tuxtlas en Veracruz, dan fe de la importancia de esa labor, muchas veces desconocida, pero que define, sin duda, el ser y el hacer de los universitarios.

Uno de los máximos orgullos de la Universidad en ese terreno, son los buques oceanográficos Justo Sierra y el Puma, que surcan las aguas del Golfo de México y el Pacífico respectivamente. Al respecto, refiere el coordinador de Plataformas Oceanográficas, Ingvar Emilsson, también investigador en el Instituto de Ciencias del Mar y Limnología, que los navíos “fueron diseñados especialmente para México, tanto que decimos, en son de broma, que sólo les falta una máquina para hacer tortillas. Están hechos para trabajar en el



Ingvar Emilsson. Fotografía: Luis Briones

tropico, para las necesidades de las áreas costeras mexicanas. Tienen capacidad para navegar seis mil millas náuticas sin recargar combustible, y operar durante 25 días ininterrumpidos, ya que producen 8 mil litros de agua potable al día. Los barcos han navegado, desde su entrada en operación a principios de 1980, 150 días cada año, de los 240 que lo pueden hacer. Este límite es obligado por la naturaleza de las campañas, que duran entre 10 y 15 días, más el tiempo que requiere su mantenimiento, poco más de una semana”.

Con esa capacidad tecnológica y respuesta a los principales problemas de la población mexicana, no es en forma alguna aventurado declarar que los servicios que la Universidad presta a su país son fundamentales, así como lo es la pasión por continuar creciendo y desarrollando las herramientas para que ese futuro sea

una realidad palpable y consecuente con la misión de ambos: nación y Universidad.

Son innumerables los pasos que se han dado para corroborar tales versiones. Por ejemplo la creación de las llamadas carreras del futuro, entre las que destacan fundamentalmente las licenciaturas en Ciencias Genómicas (que sólo es impartida, con diversas variantes, en siete universidades en el mundo: seis en Estados Unidos y otra en Alemania) y la de Ciencias Ambientales (que tiene como objetivo formar recursos humanos en el estudio y solución de problemas ambientales, manejo de ecosistemas y manejo integral del paisaje desde las etapas iniciales de formación profesional del alumno).

“La carrera en Ciencias Ambientales —explica el coordinador de la carrera, Alberto Ken Oyama—, forma parte del esfuerzo de descentralización del conocimiento universitario, insertándose en el mismo contexto que la de Ciencias Genómicas, las cuales se imparten en *campus* foráneos.

“El egresado tendrá un campo de acción novedoso y con una alta demanda de profesionales, en el que podrá desarrollar, entre otras actividades, la investigación en torno al manejo de ecosistemas, medición de problemas ambientales, participación en equipos interdisciplinarios de investigación así como la oportunidad de terminar su periodo de estudios, por medio de la obtención de créditos de posgrado”, concluyó el académico.

Xavier Soberón Mainero, director del Instituto de Biotecnología y uno de los iniciadores del proyecto que dio origen a la licenciatura en Ciencias Genómicas, por su parte, explica que “se ha diseñado esta licenciatura, para trabajar con los problemas que la Genómica plantea en la vida cotidiana, porque habrá que legislar, aconsejar a los profesionales del ámbito genético y médico, poner en práctica en las compañías de seguros estos conocimientos para incorporarlos en sus planes y por supuesto en el desarrollo tecnológico, agrario y de salud entre

otros rubros. Al estudiante contemporáneo se le ofrece una licenciatura moderna, con un enfoque multidisciplinario, moderno, que va reaccionando a los cambios que ocurren”.

Y así, la lista es interminable y generosa en ejemplos. La Universidad Nacional es potente no por sí misma, sino por la comunidad que la conforma y la responsabilidad que comparte por el desarrollo del país. Como se dijo desde el principio, es sin duda un reflejo del mejor y del peor México, con sus potencias y con sus debilidades. Es una entidad en donde conviven lado a lado la ineficiencia burocrática y administrativa con las más altas encomiendas para el país y los valores más exaltados. La Universidad Nacional, vista desde sus entrañas, desde su intimidad, es un ente que vive y se desgrana en manifestaciones múltiples que no son abarcables en este trabajo. Sírvanos la declaración del actual rector de la institución, Juan Ramón de la Fuente, realizada hace ya casi tres años con motivo de la celebración del 75 aniversario de la autonomía universitaria, para recordar que la misión de la Universidad, rebasa a generaciones y proclividades políticas. Es un proyecto alto, tan alto como el país que decidamos labrar.

“Por eso es natural que la sociedad le pida a la Universidad que participe en otras actividades que antes quizá no le eran tan propias, y que la van convirtiendo en una institución cada vez más esencial para nuestra vida democrática, para la de la defensa de los derechos civiles y aún de los más altos ideales de la humanidad. Hoy en día, las universidades son el mejor contrapeso que tenemos frente al pensamiento único y constituyen el mejor instrumento del que disponemos para atajar los cada vez más preocupantes fundamentalismos, sean estos económicos, étnicos o religiosos. De ahí el gran respaldo social que la Universidad tiene hoy en prácticamente todo el mundo; de ahí también que el Estado necesite a la Universidad, tanto como ésta precisa del apoyo del Estado”. Uno y otro, necesarios y consustanciales.

Las entrañas de la Universidad Nacional

(A manera de conclusión)

La confección de un reportaje es una tarea que pasa por diferentes estados, desde la elección del tema hasta el punto final. Poco a poco, el autor se familiariza primero y apropia después, de ese argumento que en un principio respondió a necesidades específicas y que con el paso de las investigaciones, de las entrevistas y de las respuestas, se convierte en un acto íntimo, intenso y codiciado. Quien no conozca la pasión que provoca escribir un reportaje del que se ha apropiado, no estará completo como periodista.

Ese precisamente fue el ejercicio que acaba de finalizar en la página anterior: un acto de fe que se transformó por momentos en un lastre, por momentos en obsesión, que acercó a este autor, uno entre mil, a la Universidad que lo formó y le ha dado cobijo, que le mostró, antes y después de este trabajo, sus partes oscuras y luminosas, los vicios y rencores, las virtudes y la fuerza de la institución.

El ejercicio periodístico, más que un oficio es un modo de vida. Durante la construcción de este trabajo, innumerables puertas fueron tocadas y en todas hubo una respuesta, a veces afirmativa, otras negativa. En ciertas ocasiones la espera se cristalizó en una entrevista y en otras muchas nunca se concretó en nada. Pero dicen los antiguos orfebres de las palabras, los que saben, que hay que tomar de la nota lo que te deja, y que si no la hubo, esa será precisamente la nota. Leer entre líneas en los hechos, en las actitudes y en las proclividades de las fuentes, observar contextos y dibujar así, con las palabras, la última y más increíble apreciación. Como dice el dicho, si del cielo caen limones, hay que aprender a hacer limonada.

Ese fue el reto. Conseguir las declaraciones y entrevistas, los datos y las fechas, no fue tan intenso como el hecho de agrupar ese cúmulo de información en un *corpus*, en una esencia periodística que llevara a los posibles lectores por un viaje

que sí, es íntimo en tanto es la visión del autor, pero que resultará sin duda conocido para cada universitario.

El público meta, ese imaginario lector es el universitario promedio. La intención de trazar este trabajo no solamente fue un capricho o un acto movido por la necesidad de obtener un grado profesional, ni siquiera fue un cobarde ejercicio de comodidad obligado por las circunstancias: las fuentes y la información a la mano, como las frutas en el Edén. Se trató de un viaje por las zonas conocidas que, vistas con el ojo del periodista, tienen más y más cuerpo, más inquietudes y algunos perfiles que no se notan a simple vista. La Universidad es una ante los ojos de la sociedad, de los medios y de los mexicanos, pero es sin duda otra para quien ha tenido el privilegio de pertenecer a ella, de la forma que fuere. Ahora bien, y ese es el aporte del trabajo que aquí concluye, es una más, muy diferente y multicolor, ante los ojos del reportero que se quiere internar en sus entrañas y descubre secretos y milagros parciales en cada rincón de ella.

Si bien durante el desarrollo del reportaje no fue posible encontrar un corazón de la Universidad (porque ese “corazón” parece estar en muchos lugares a la vez), sí lo fue delinear un perfil informado y sólido, en tanto que no sólo está basado en la mirada del autor, esa mirada íntima que ha pretendido divulgar desde el título. Estas líneas se conformaron de muchas opiniones, de muchos supuestos y realidades en los que no escasearon los elogios para la Universidad, pero tampoco las maledicencias o las opiniones adversas. La intimidad es compartida porque son muchos los implicados en ella, muchos los que constituyen el verdadero tronco, la columna vertebral que da vida y justifica a la Universidad.

Es por ello que no hay dolo al declarar que las pesquisas anteriores, supieron dar forma a un reportaje de temática muy específica y local, pero no por ello menos riguroso en cuanto a la actualidad y construcción periodística. Este testimonio dará fe en otros tiempos, de un momento histórico por el que la Universidad, indisolublemente ligada a los destinos de México. Cifras y palabras de algunos

que ya se han ido, pero que han dejado su testimonio en estas páginas y, más allá de eso, sus actos y trabajo, su fe y esperanzas en esta Universidad.

Nadie sabe que ha de suceder el día de mañana, ni comprende las secretas seguridades de las que está hecha la vida cotidiana. El periodismo es un oficio no sólo apasionante, sino vivencial, que poco a poco se va apropiando de las palabras y de la vida del autor, hasta convertirlo en uno de los personajes de sus trabajos, acaso el primordial, en tanto que termina no sólo cronicando o reseñando un suceso, sino agregando su propia vivencia en cada uno de sus oficios.

Estas líneas sólo han pretendido ser la conclusión lógica de un trabajo que absorbió algo más que esfuerzos mundanos y noches de insomnio. Es la muestra de que la sangre del periodista no nace, se hace al calor de los boletines, de las llamadas, de las entrevistas y de las coberturas, que cada uno de ellas es materia de análisis y potente asidero para justificar, aunque sea por sólo unas breves líneas válidas, que nuestro oficio está vivo por cada uno de nosotros, que representa la posibilidad de continuar investigado y clarificando panoramas de lo que creemos y pretendemos.

Es verdad que el periodismo tiene un rigor diferente al del método científico, que sus fuentes son otras y consiente los errores del autor, pero también es verdad que es el punto de partida y final para conocer las realidades del mundo en que nos ha tocado coexistir y más aún, es la puerta de entrada para que esas realidades sean de muchos más, que se divulguen, multipliquen y terminen siendo propiedad común.

Este autor sueña, que algún día, este y otros trabajos periodísticos dejen de ser suyos y se integren a los idearios de los lectores, quienes los han de justificar con una mirada, con una lectura que letra a letra y palabra a palabra, construya un país en libertad.

Fuentes de consulta

Bibliográficas

1. Carpizo, Jorge et. al. *Las Humanidades en México, 1950-1970*. Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 1978.
2. Clark Burton, R. *Las universidades modernas: Espacios de investigación y docencia*. Nueva Imagen, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1997.
3. Cortés Rocha, Xavier y Rodríguez Gallardo, Adolfo. *Visión de la Universidad. Una visión plural*. UNAM, México, 1999.
4. Didriksson, Axel. *Las Macrouiversidades de América Latina y el Caribe*. IESALC-UNESCO, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2003.
5. Dorantes, Gerardo L. *Conflicto y poder en la UNAM. La huelga de 1999*. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México 2006.
6. García Cantú, Gastón. *Historia en voz alta: la Universidad*. Joaquín Mortiz, México, 1988.
7. García Sthal. *Síntesis histórica de la Universidad de México*. Secretaría de Rectoría-Dirección General de Orientación Vocacional-UNAM, México, 1978.
8. Hansberg, Olga Elizabeth (coord.). *La investigación humanística y social en la UNAM*. Coordinación de Humanidades-UNAM, México, 2003.
9. León Portilla, Miguel. "Crear y transmitir cultura", en *Conferencias y discursos sobre la autonomía*, UNAM, México, 1979.
10. Mendoza, Javier. *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*. UNAM, Plaza y Valdés Editores, México 2001.
11. Mendoza, Javier, Pablo Latapí y Roberto Rodríguez (Coords.) *La UNAM, el debate pendiente*. Centro de Estudios sobre la Universidad-UNAM, Plaza y Valdés Editores, México, 2001.
12. Perló Cohen, Manuel. *Un destino compartido: 450 años de presencia de la Universidad en la Ciudad de México*. Coordinación de Humanidades-Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad-UNAM, México 2003.
13. Pinto Maza, Jorge. *La autonomía Universitaria (antología)*. UNAM-México 1974.

14. Sierra Justo. *Discurso inaugural de la Universidad Nacional*. UNAM, México, 2004.
15. Silva Herzog, Jesús. *Una historia de la Universidad de México y sus problemas*. Siglo XXI Editores, México, 1974.
16. Torres Escalona, Luis Roberto y Laura A. Corona García. “La Universidad y su legado en el siglo XX”, en *Maravillas y Curiosidades, mundos inéditos de la Universidad* (catálogo de la exposición). Antiguo Colegio de San Ildefonso-UNAM, México, 2002.
17. UNAM. *Ciudad Universitaria. Pensamiento, espacio y tiempo*. UNAM, México, 1994.
18. UNAM. *Compendio de legislación universitaria. 1910-2001*, UNAM, México 2001.
19. UNAM. *La Universidad en el umbral del siglo XXI*. Centro de Investigación y Servicios Museológicos-UNAM, México, 1988.
20. UNAM. *La universidad en la autonomía*. UNAM, México, 2004.

Hemerográficas

1. Caso, Alfonso. “Los fines de la Universidad Nacional” en *Nuestro México*, num. 15, la Autonomía Universitaria, 1929, UNAM, México, 1984.
2. Ley Orgánica de la Universidad. Diario Oficial de la Federación, 26 de julio de 1929.

Vivas

1. Adriana Liñán (egresada de la carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; entrevista realizada en octubre de 2006).
2. Álvaro Matute Aguirre (investigador emérito del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM; entrevista realizada en marzo de 2004).

3. Armando Fernandez (chofer del Instituto de Astronomía en Ensenada, Baja California; entrevista realizada en abril de 2007).
4. Axel Didriksson Takayanagui (director del Centro de Estudios sobre la Universidad y coordinador de la Red de Macrouiversidades Públicas de la UNAM; entrevista realizada en noviembre de 2005).
5. Bertha Alicia Couvert Rojas (doctora en Historia del Arte y profesora en la Facultad de Filosofía y Letras; entrevista realizada en marzo de 2007)
6. Clementina Díaz y de Ovando (investigadora emérita de la UNAM; entrevista realizada, vía telefónica, en febrero de 2007).
7. Diego Valadés Ríos (director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM; entrevista realizada en agosto de 2005).
8. Edgar Albarrán Flores (alumno de sexto semestre del Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel sur; entrevista realizada en enero de 2007).
9. Florence Toussaint Alcaraz (investigadora del Centro de Estudios sobre la Universidad y catedrática de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; entrevista realizada en septiembre de 2006).
10. Gerardo Estrada Rodríguez (actual Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM; entrevista realizada en septiembre de 2006).
11. Gloria Contreras Roeniger (directora del Taller Coreográfico de la UNAM; entrevista realizada en mayo de 2006).

12. Gonzalo Celorio Blasco (escritor y ex Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM; entrevista realizada en enero de 2005).
13. Guadalupe Díaz Silva (coordinadora de Enlace y Relaciones Públicas de la Dirección General de Comunicación Social; entrevista realizada en noviembre de 2006)
14. Gustavo Escobar Valenzuela (profesor en la Escuela Nacional Preparatoria No. 1 y de la Facultad de Filosofía y Letras; entrevista realizada en marzo de 2004).
15. Helen Escobedo Fulda (artista plástica, ex directora general de Artes Plásticas en la UNAM; entrevista realizada en marzo de 2007).
16. Helena Beristáin Díaz (investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM; entrevista realizada en septiembre de 2005).
17. Herminia Pasantes Morales (investigadora emérita del Instituto de Neurofisiología de la UNAM; entrevista realizada en julio de 2003).
18. Ignacio Burgoa Orihuela (qepd) (ex catedrático emérito de la Facultad de Derecho de la UNAM; entrevista realizada en diciembre de 2002).
19. Ingvar Emilsson Jonatansdottir (coordinador de Plataformas Oceanográficas del Instituto de Ciencias del Mar y Limnología de la UNAM; entrevista realizada en junio de 2003).
20. Jorge Romero Villalobos (egresado de la carrera de Filosofía y docente del Colegio Francés Hidalgo; entrevista realizada en marzo de 2007)

21. Jorge Sánchez (ex alumno de la FES Aragón y doctorante por la Universidad Complutense de Madrid; entrevista realizada en febrero de 2006).
22. José Ramón Hernández (egresado de la carrera de Física y responsable de difusión y comunicación en el Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM; entrevista realizada en agosto de 2006)
23. Juan Carlos Rodríguez (egresado de la carrera de Comunicación y Periodismo en la FES Aragón entrevista realizada en julio de 2006)
24. Julia Tagüeña Parga (directora general de Divulgación de la Ciencia de la UNAM; entrevista realizada en mayo de 2004)
25. Leopoldo Zea Olivares (qepd) (ex coordinador del Programa de Estudios Latinoamericanos de la UNAM entrevista realizada en agosto de 2002).
26. Manuel Felguérez Barra (artista plástico, ex investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM; entrevista realizada en julio de 2003).
27. Martha Arvizu (pasante de la maestría en Diseño Gráfico; entrevista realizada en marzo de 2007).
28. Martín Bonfil Olivera (divulgador científico de la Sociedad Mexicana para la Divulgación de la Ciencia; entrevista realizada en septiembre de 2003).
29. Néstor Martínez Cristo (director general de Comunicación Social de la UNAM; entrevista realizada en diciembre de 2006).

30. Ramón Xirau Subias (filósofo, poeta y catedrático emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; entrevista realizada en diciembre de 2003).
31. Raúl Herrera Becerra (investigador del Instituto de Biotecnología; entrevista realizada en agosto de 2003).
32. René Drucker Colín (coordinador de la Investigación Científica de la UNAM; entrevista realizada en enero de 2005).
33. Ricardo Ibarra Durán (doctor en Filosofía y director de un campus de la Universidad Latinoamericana; entrevista realizada en marzo de 2007)
34. Rodolfo Fernández (alumno de segundo semestre del Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel sur; entrevista realizada en abril de 2007).
35. Ronaldo Monreal (egresado de la carrera de Literatura Dramática y Teatro; entrevista realizada en marzo de 2007).
36. Rubén Bonifaz Nuño (investigador emérito del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM; entrevista realizada en diciembre de 2005).
37. Ruy Pérez Tamayo (investigador emérito y catedrático de la Facultad de Medicina de la UNAM; entrevista realizada en enero de 2005).
38. Víctor Manuel Juárez (director de Gaceta UNAM; entrevista realizada en diciembre de 2006).
39. Xavier Soberón Mainero (director del Instituto de Biotecnología de la UNAM entrevista realizada en julio de 2005).